Niñas hoy
Mujeres mañana

Vinka Jackson
Ilustraciones Marianela Frank C.

Niñas hoy
Mujeres mañana

Vinka Jackson
(Autora, conceptos y contenido)

Ilustraciones Marianela Frank C.

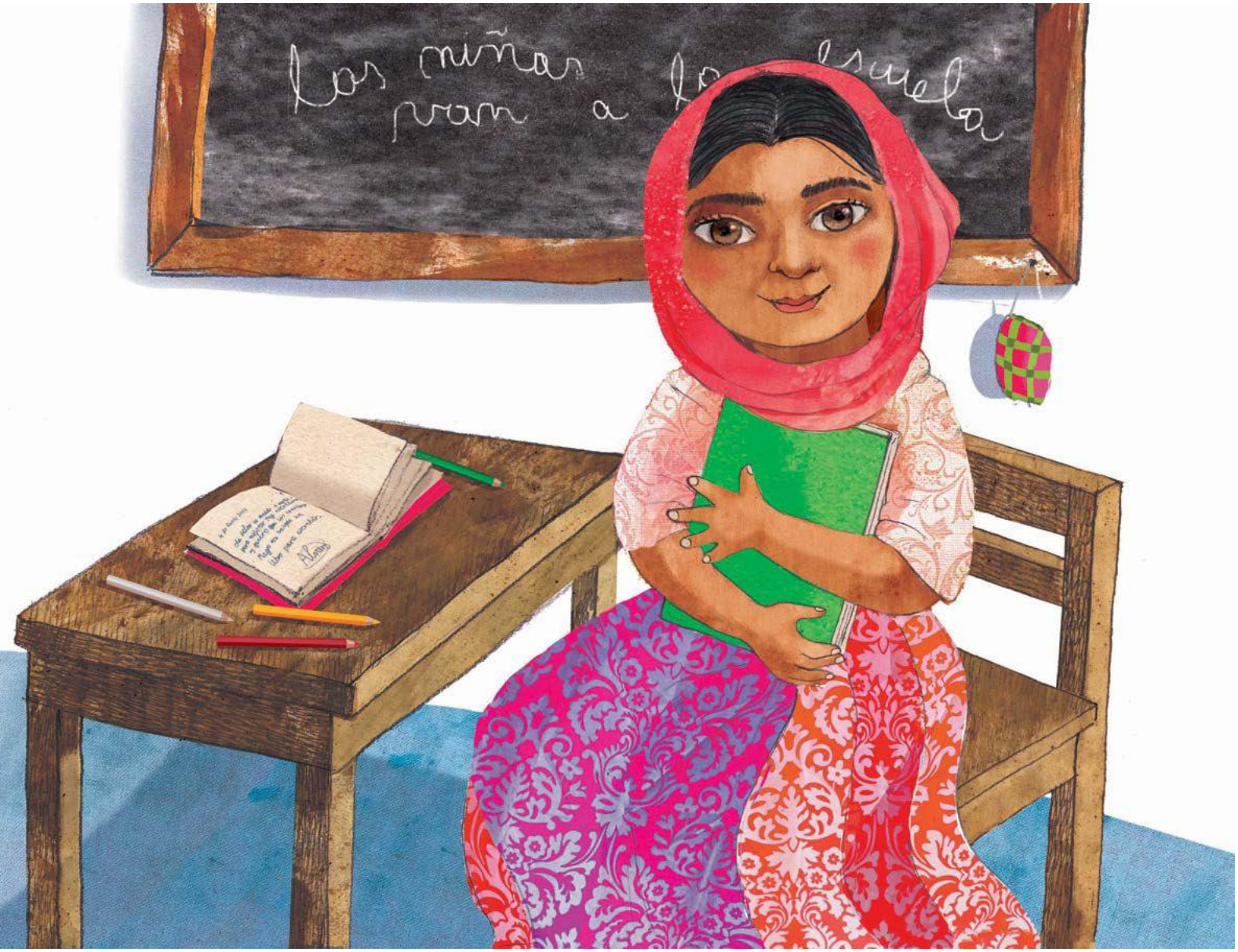
Omayra Toro y Naomi Estay

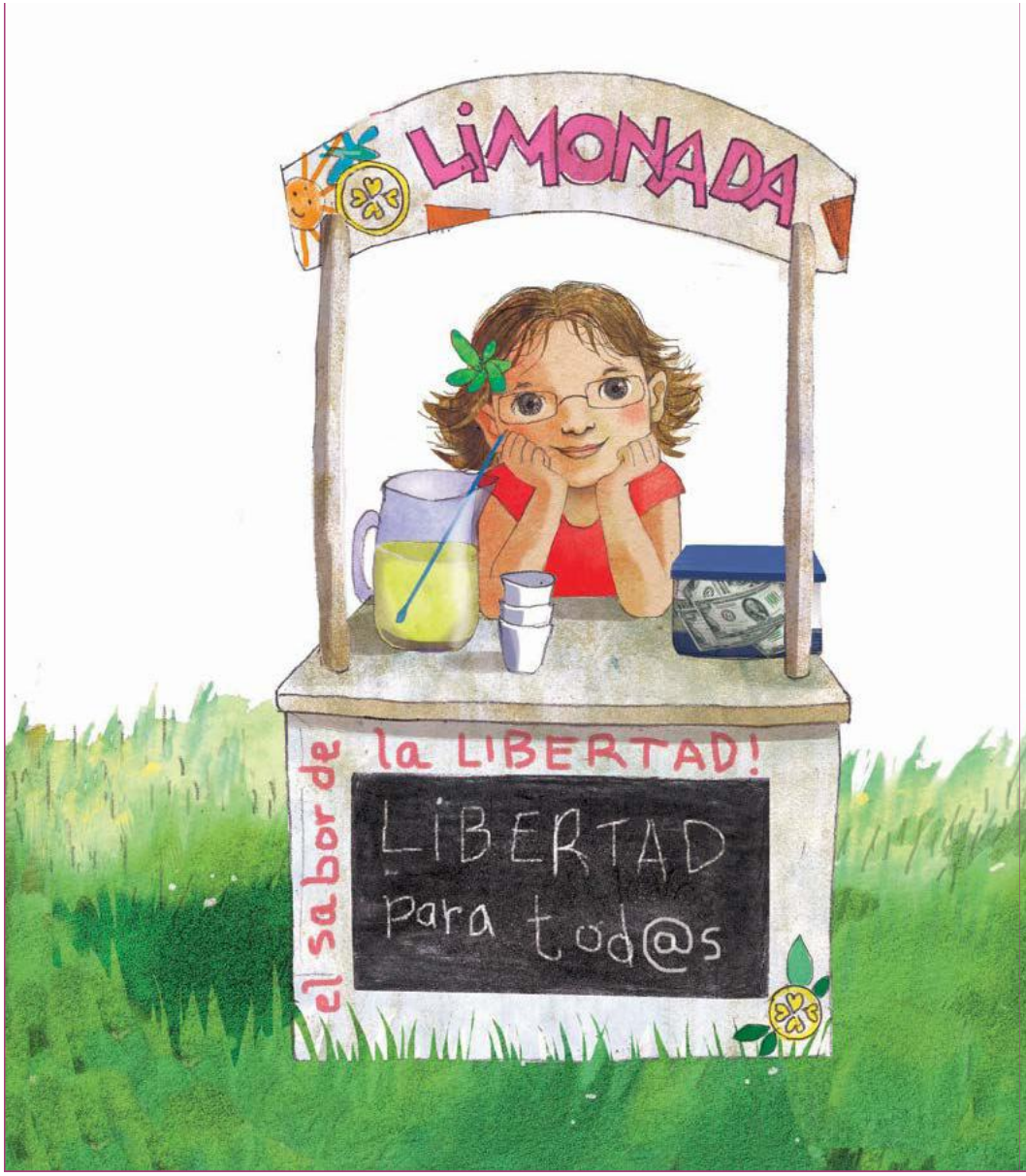
son dos jóvenes chilenas de 17 años, alumnas del Liceo 1 Javiera Carrera de Santiago. Por años, ellas han cultivado su pasión por las ciencias, con mucha tenacidad, hasta llegar a realizar una investigación importantísima en torno a la limpieza y recuperación de aguas contaminadas por derrames de petróleo, valiéndose de la ayuda de microorganismos antárticos.

Durante este proyecto, contaron con el apoyo de sus familias, su profesora de Biología Roxana Nahuelcura, el científico chileno José Manuel Pérez, y el Estado de Chile: todos creyeron en ellas. El año 2013 Naomi y Omayra recibieron el prestigiado premio de ciencias Stockholm Junior Water Prize (otorgado por la Corona Sueca) por el aporte que ellas están haciendo al cuidado de nuestro planeta.

Malala Yousafzai

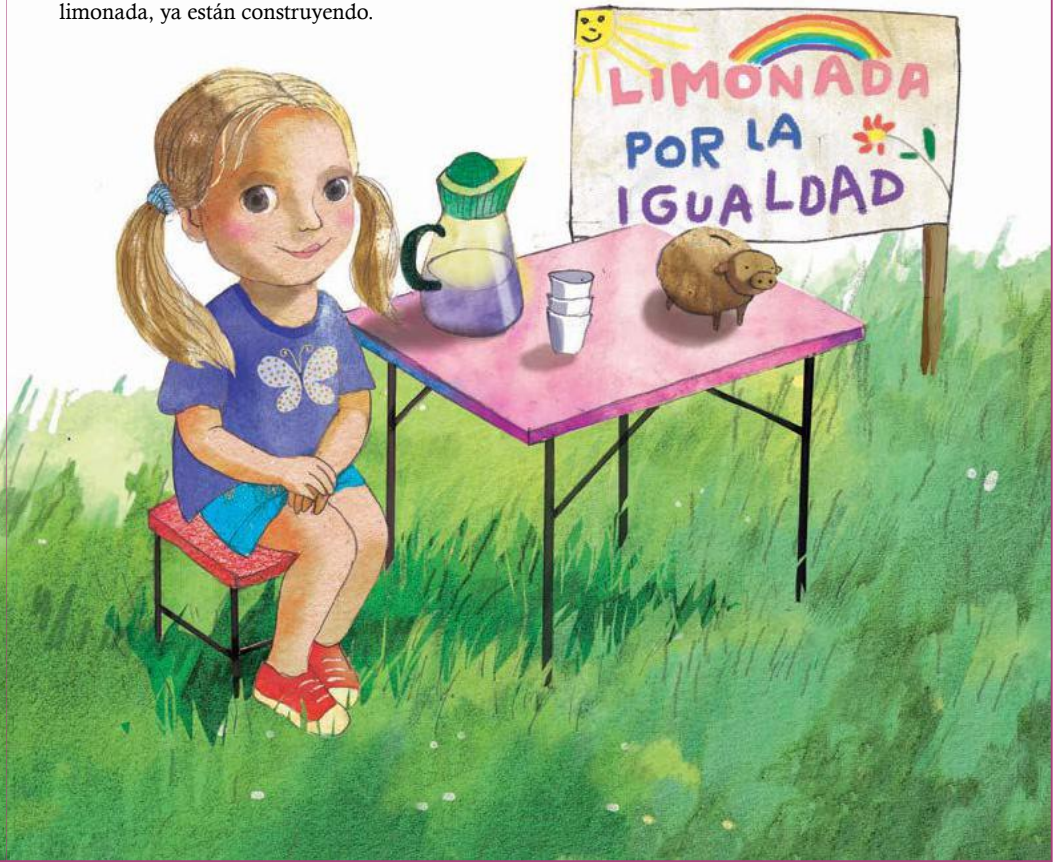
es una joven de 16 años que nació en Pakistán, un país donde muchas niñas no pueden asistir a la escuela y donde se ha llegado a prohibir su educación por ley. Desde los 11 años, e incentivada por su padre, Malala ha luchado por cambiar esta realidad injusta. Su persistencia y valentía (arriesgando su propia vida) han logrado que personas de todo el mundo conozcan la realidad de las niñas pakistaníes, y que en su país se propicien algunos cambios. La herramienta de Malala ha sido su voz: años atrás, desde la escritura (en un blog anónimo) y, hoy en día, como portadora de un mensaje que inspira a las niñas y los niños, y que pide a los adultos el mayor compromiso para asegurar la educación de las nuevas generaciones. "Un niño, un maestro, un libro, un lápiz pueden cambiar el mundo", dice esta joven líder que ya ha recibido importantes reconocimientos internacionales por su labor, y que con sólo 16 años fuera nominada al Premio Nobel de la Paz 2013.





Vivianne Harr y Jayden Sink

son dos niñas que viven en Estados Unidos y, aunque no se conocen, se parecen mucho: ambas tomaron la iniciativa de vender limonadas para apoyar causas que son universales. Vivianne, de 8 años, se niega a creer que aún en estos tiempos, existan seres humanos adultos y niños que son vendidos y tratados como esclavos. Jayden, con sólo 5 años, añora que el bullying ya no exista, y que se respete por igual a todas las personas y tipos de familias. Gracias al estímulo de sus mamás, y a su propia determinación, Vivianne y Jayden han reunido importantes sumas de dinero para ayudar a organizaciones que trabajan por ese mundo mejor que ellas mismas, desde dos pequeños kioskos de limonada, ya están construyendo.



Paloma Noyola

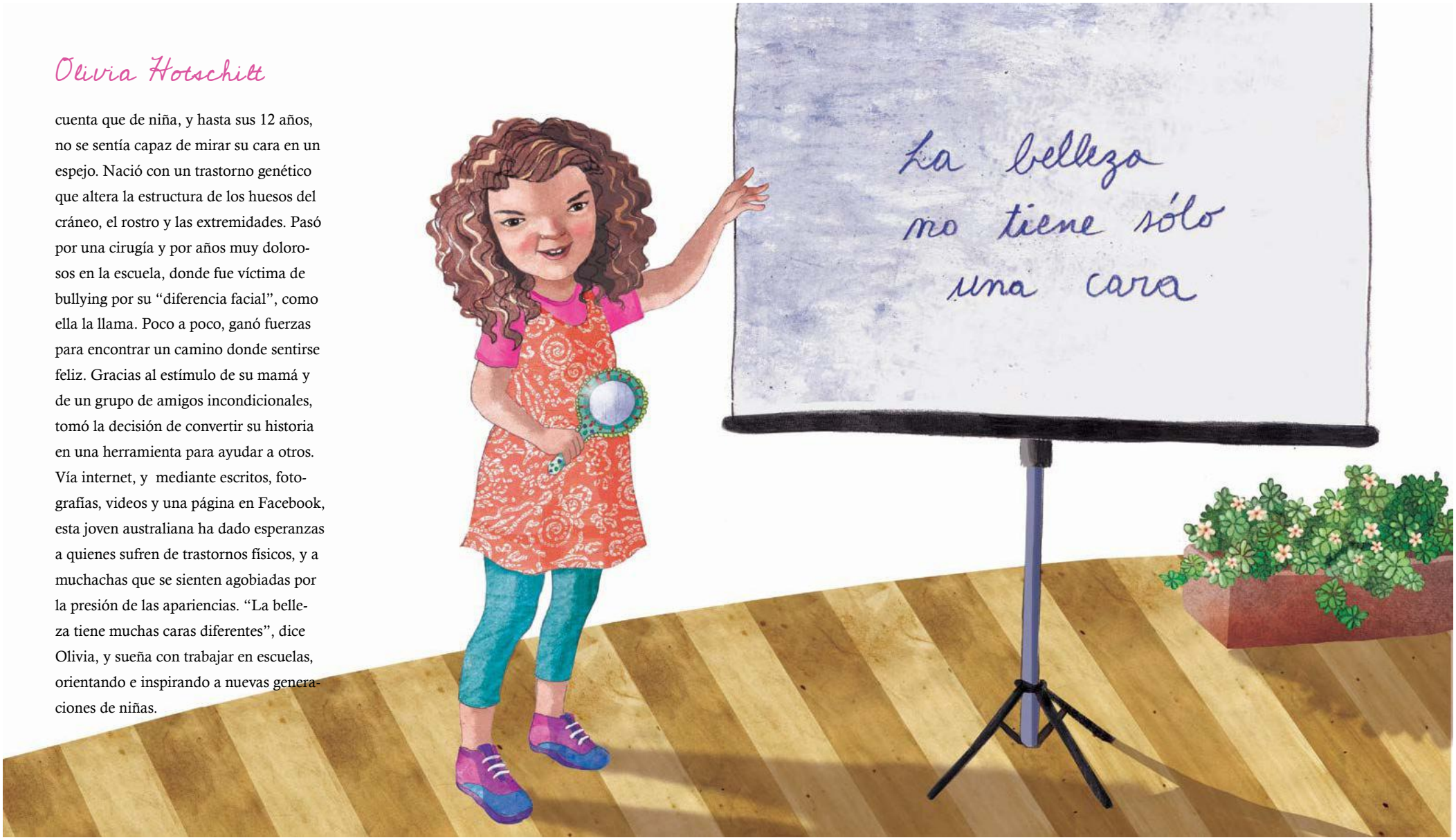
es una adolescente de 12 años que vive en uno de los lugares más pobres y peligrosos de México. Ahí, casi no existe el acceso a tecnologías ni internet y la escuela está construida al lado de un basurero. A pesar de los obstáculos, un profesor entusiasta, Jorge Suarez Correa, decidió hacer una revolución en su sala de clases y motivó a los niños a pensar, explorar y crear libremente, permitiéndoles decidir qué les interesaba estudiar y de qué manera querían hacerlo. Contando con el aliento de un padre amoroso e incondicional, Paloma se sintió tan motivada por aprender y descubrir sus talentos, que incluso sin proponérselo, llegó a convertirse en la estudiante más destacada en matemáticas, de todo su país. La prestigiada revista internacional "Wired" dio a conocer sus logros y dijo de ella: "podría ser la próxima Steve Jobs en el futuro" (aludiendo al genio de la computación, ya fallecido). Paloma y sus compañeros demuestran, cada día, que todos los niños y niñas tienen potencial, y que es su derecho poder descubrirlo y desarrollarlo.

Las niñas skaters de Afganistán

Un grupo de niñas es responsable de que Afganistán sea reconocido como el país con mayor participación femenina en la práctica del skate, a nivel mundial. Éste es un logro aún más significativo en un territorio que ha vivido una larga guerra, y cuyas habitantes niñas y mujeres están sometidas a mandatos y prohibiciones que, en otros lugares del mundo, serían difíciles de imaginar: muy pocas niñas tienen permiso de asistir a la escuela, y más de la mitad de ellas ya está casada o comprometida a la edad de diez años. Afortunadamente, las niñas skaters sí van a la escuela y a una muy especial: fundada por dos skaters australianos y apoyada activamente por ciudadanos afganos que creen en este proyecto que integra la educación, las artes, y la práctica cotidiana del skate. Las alumnas dicen a menudo "sobre la patineta, me siento como si volara". Ojalá sus vidas, ahora y en el futuro, puedan llegar tan alto como ese "vuelo"

Olivia Hotschilt

cuenta que de niña, y hasta sus 12 años, no se sentía capaz de mirar su cara en un espejo. Nació con un trastorno genético que altera la estructura de los huesos del cráneo, el rostro y las extremidades. Pasó por una cirugía y por años muy dolorosos en la escuela, donde fue víctima de bullying por su "diferencia facial", como ella la llama. Poco a poco, ganó fuerzas para encontrar un camino donde sentirse feliz. Gracias al estímulo de su mamá y de un grupo de amigos incondicionales, tomó la decisión de convertir su historia en una herramienta para ayudar a otros. Vía internet, y mediante escritos, fotografías, videos y una página en Facebook, esta joven australiana ha dado esperanzas a quienes sufren de trastornos físicos, y a muchachas que se sienten agobiadas por la presión de las apariencias. "La belleza tiene muchas caras diferentes", dice Olivia, y sueña con trabajar en escuelas, orientando e inspirando a nuevas generaciones de niñas.

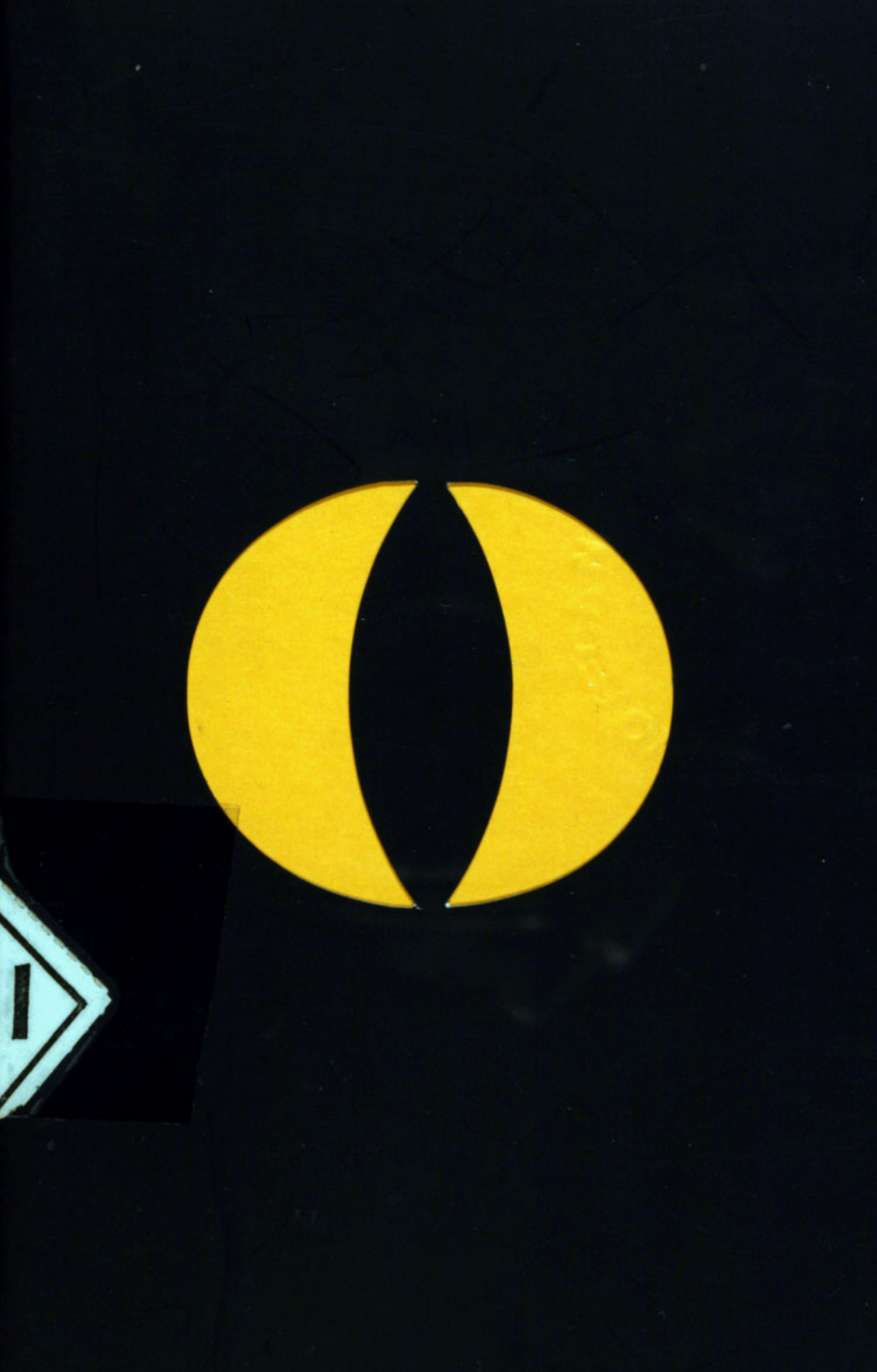


"La declaración de las niñas"

fue redactada el año 2013 por 508 niñas de 14 países que han pedido a todas las personas del mundo que recuerden su responsabilidad con las nuevas generaciones, y especialmente con las niñas. Muchachas de todas las edades, en distintos idiomas (aunque la declaración se redactó en inglés, por su universalidad), y con la ayuda de 25 organizaciones y adultos comprometidos, compartieron sus problemas, aspiraciones y las metas que ellas creen deben cumplirse para que todas las niñas y adolescentes (250 millones en el mundo) sean bien cuidadas y gocen de una vida plena dondequiera que nazcan. Las 508 niñas han explicado con mucha claridad lo que necesitan para su salud, educación, su seguridad física y emocional, su desarrollo, su experiencia de los afectos y la sexualidad, la familia, la maternidad, el emprendimiento y el trabajo, el liderazgo, y las oportunidades que requieren para poder contribuir a la economía, la cultura y el bienestar de sus comunidades. Aspiran a la erradicación de los mayores obstáculos para sus vidas: la pobreza, la violencia de género y la discriminación. Saben cuáles son sus derechos y quieren ejercerlos plenamente. Sobre todo, su derecho a soñar, a cuidar y a decidir sus vidas.

(Título Original: "The girl declaration"; video homónimo disponible vía youtube)

Para que dibujes o escribas tus sueños



Bigotes

Bigotes

por Carolina Castro Zamorano

Editado por
La Nueva Gráfica Chilena
en Santiago de Chile, abril del 2004
N° Inscripción 138.818
©Carolina Castro Zamorano
Derechos reservados

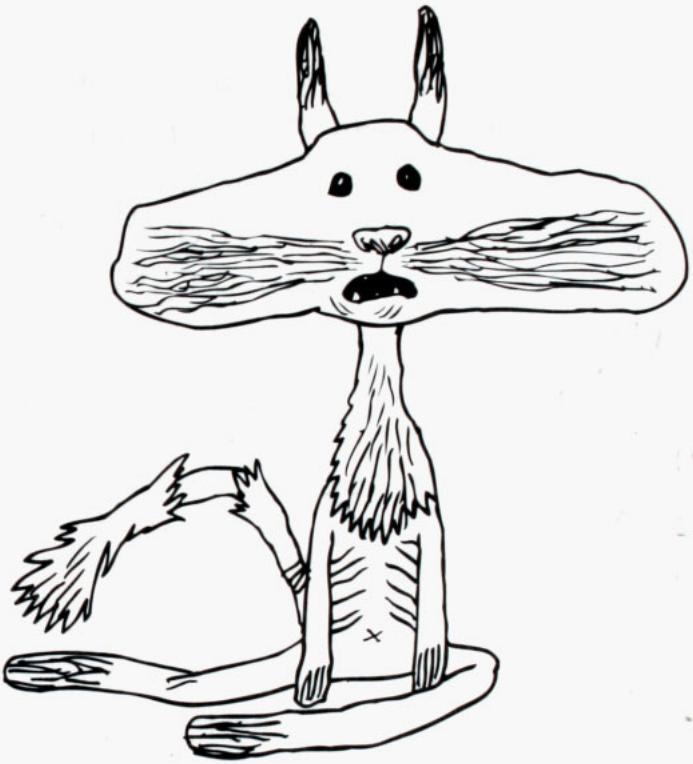
Ilustraciones de Rodrigo Salinas M.
Estilo de Pablo Castro Z.

Uno

En el choapino se confundía de lo magro, desteñido y seco que era. La fecha exacta de su llegada no la recuerdo, sólo tengo la imagen clara de su cuerpito dormido en el suelo, enroscado como si fuera de goma, perdida la cabeza entre sus patas y su pecho. Nadie lo invitó, nadie le sonrió o le demostró afecto. Al contrario, era correteado todos los días y me aconsejaban no tocarlo porque podía transmitirme alguna infección. Sin embargo, jamás lo sentí como alguien extraño; pensaba que un animal vagabundo no se queda en una casa por tanto tiempo sin recibir nada a cambio, siempre hay algún interés, un movimiento instintivo que los hace domesticables. Pero así, sin más, apareció y se quedó.

De reojo lo miraba a diario, como investigando qué es lo que realmente quería. Quizás era un gato espía que daba información a más gatos, pero descarté esa opción dada su condición física: ciertamente un espía, sea gato, mono o humano, debe ser suspicaz y atrevido y éste, además de dormir todo el día, apenas maullaba y corría al menor ruido o movimiento desconocido.

Si bien ya teníamos cercanía y cuando salía temprano de mi casa me miraba con esos ojos nublados y tristes, no fue sino tres meses después de su llegada cuando le hablé por primera vez. Lentamente me acerqué, temiendo que corriera despavorido, asustado de la presencia humana cuyo cuerpo delataba que le había hecho daño. Lo miré detenidamente y con



una sonrisa amistosa y voz dulce lo llamé. Cuchito, cuchito. Algo parecido a un maúllo pareció salir de su hocico: le faltaban los dientes inferiores delanteros. Más cerca pude ver que su nariz estaba seca y herida, su pelaje opaco y escaso y su cola, uno de los instrumentos

esenciales de cualquier felino, gravemente herida. Es decir, era una animal deshidratado, desnutrido y dañado. Gato abandonado. Durante unos minutos intenté acercarme un poco más pero, finalmente, sólo obtuve otro apagado maullido y una huida. Pensé en su desconocida historia, en sus corridas temerosas y mojadas.

No sé bien si fue la pena o la inquietud pero sin pensarlo mucho le di la bienvenida silenciosamente.

Dos

Otra de las cosas más importantes de un gato son sus bigotes, los que le permiten ubicarse geográficamente y percibir temperatura y humedad, estos le ayudan a sobrevivir al intuir si lloverá o hará mucho calor. También son detectores hipersensitivos de otros cuerpos que estén a su alrededor. Pues bien, este gato no tenía bigotes, por lo que decidí llamarlo así: Bigotes. Cuando lo bauticé también me comprometí a alimentarlo y cuidarlo mientras mis posibilidades me lo permitieran, así que en el almacén de la esquina compraba trescientos pesos de alimento, lo que apenas duraba un día porque ¡sí que tenía un apetito voraz! Cuando comía lo hacía en forma tan desesperada que se

atoraba; entre la emoción y el hambre acumulada Bigotes tragaba y tragaba sin respirar siquiera, entonces tenía que decirle que se calmara porque podía ahogarse y a mí, definitivamente, dejarme en la bancarrota. Pero Bigotes nunca hacía caso, continuaba con su furia devoradora que lo dejaba tan sediento que, terminada la cena, tomaba agua durante un minuto, lo que concluía por dejarlo parecido a una pelota desinflada.

Este proceso comunicativo a través de la comida hizo que se acercara un poco más a mí, dejando que le acariciara el lomo y la cabeza, comprobando así lo malherido y flaco que estaba.

Entre esas comilonas yo le fui contando cosas que me pasaban durante el día y Bigotes parecía escuchar tan atento que se quedaba

dormido respirando entrecortadamente, con un ojo a medio cerrar y la panza hinchada al aire. Tosía y estornudaba mucho pero jamás pensé en darle una aspirina porque con lo flaco que estaba seguramente el dolor de estómago terminaría por adelgazarlo más. Mis responsabilidades eran, ante todo, alimentarlo, darle agua y hacerle cariño. A medida que nuestros encuentros eran más seguidos Bigotes empezó a reconocer mi voz, así que cuando no estaba en el antejardín (no olvidemos que era un gato callejero), sólo tenía que llamarlo y llegaba a paso lento pero seguro, cada día más orgulloso y altivo, cada día más sano y compuesto. Sus ojos transmitían una felicidad silenciosa y agradecida y me nombraba a mi también, como

yo lo hice con él. Mi nuevo nombre era dueña. Yo era la dueña de Bigotes. Sin darme cuenta, su pelaje tan opaco ahora relucía poco a poco, apareciendo ese luminoso negro del lomo, su nariz pequeña iba tomando un matiz rosado y húmedo y su cola realmente mejoraba. Para qué decir de su panza, que comenzó a crecer descabelladamente: Bigotes se comía dos enormes platos diarios de alimento .

Tres

Gordo. Definitivamente estaba gordo. Tanto, que ya no corría y su caminar era lento, esponjoso, como de mono de plasticina. A estas alturas Bigotes era el gato de la cuadra, famoso por su recuperación casi milagrosa, deleite de los niños y peligro de cuanta paloma se le

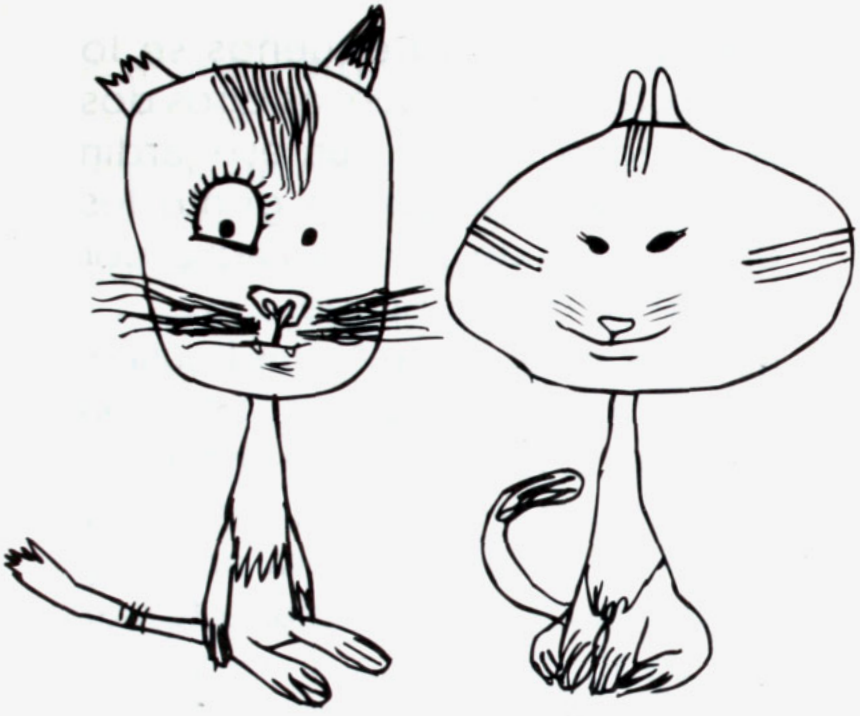
acercara. Porque Bigotes, con tanta comida y cariño, desarrolló talentosamente una nueva faceta: la de cazador veloz. Todas las tardes podía encontrar plumas tiradas en las baldosas y una que otra en el hocico de Bigotes, delatando su glotonería incontrolable.

Y ni hablar de su flojera; era tal, que ya no se paraba cuando yo llegaba sino que me saludaba de espalda, maullando débilmente, moviendo la cola y las orejas como abanicando la modorra que se le venía encima.

En este pequeño reinado que construyó de puro regalón, Bigotes era el amo y señor, de armas tomar y corazón conquistador. Y, al parecer, la necesidad de una doña no tardó en presentarse.

Un día, a la casa de al lado, llegaron dos gatos chicos y uno grande. A

uno de los más pequeños se lo llevaron, mientras que los otros dos se quedaron a vivir en ese jardín semi abandonado. La gente les daba sobras de comida y agua, por lo que no me preocupé.
Mutante y Cabecita. Así las bauticé. Una, era una gata aporreada, con pelones y una oreja a la mitad. La otra, chiquitita , flaca y muy cabezona. Cabecita era arisca y desconfiada, no se dejaba tomar por nadie pero hizo una amistad entrañable con Bigotes. No lo dejaba ni a sol ni a sombra. Andaba con él para todos lados y su cariño era tal que no le importaba que Bigotes la aporreara y no le convidara de su comida. Al principio yo la correteaba porque imaginé que si dejaba entrar a uno de ellos todos los demás gatos abandonados se pasarían el dato y



llegarían a mi casa. Pero era inevitable: Cabecita, de una u otra forma, se lograba infiltrar en mi patio, comiendo junto a Bigotes y durmiendo la siesta con él. Las porciones de comida crecieron pues, a mi parecer, estos dos gatos estaban pololeando. Bigotes, si bien

le pegaba sus mordiscones, la defendía de los gatos que se acercaban a ella. No sólo protegía su territorio, al impedirle a cualquier otro animal que cruzara la reja y entrara en el jardín sino que también cuidaba de su comida y de su chica. Lo tenía claro, ahora era un gato reconocido, poseía bienes y tenía una dueña. Nada de cuentos: su nombre era Bigotes y se debía respetar.

Cuatro

Dentro de la educación doméstica que quería brindarle a Bigotes estaba el ítem juego. Todos los gatos son muy juguetones y ven hasta en los cordones de los zapatos una manera de ejercitar su destreza como cazadores. Pero hay una gran diferencia entre los gatos domésticos y los callejeros. Y Bigotes me hizo comprender este contraste.

Una de las primeras tácticas lúdicas de entrenamiento que utilicé con él fue la tira de lana. Al principio no resultó mucho pues Bigotes no tenía energía para pararse y moverse, pero a medida que fue llenándose de calorías (dado el hambre insaciable que poseía), se vio en la necesidad de ocuparlas en algo. Imagino que desde su lugar de

descanso investigó sobre lo que iba a ser su próxima actividad y al no encontrar nada entretenido ni que se pudiera comer decidió ejercitarse con mi experimento. En un comienzo fue tímido, una patita por acá, un mordisco por allá. Posteriormente practicó su habilidad para correr y saltar. Hasta que, finalmente, comenzó la cacería. Bigotes no sabía jugar. Su torpeza y brusquedad hicieron que una parte de la vida de él se proyectara en el presente: me lo imaginé abandonado desde muy pequeño, valiéndose por sí mismo, correteado de todas las casas, mojado en el invierno y sediento en el verano, escudriñando la basura, destrozando bolsas en las calles. Bigotes nunca había jugado, sólo había perseguido para comer. Mi adiestramiento, por lo tanto, trató

de ser aún más perfecto. Con peluches pequeños, monos de hule, pelotas de lana. Imposible. Lo único que conseguí fue que Bigotes terminara enojado y acostado en el antejardín, con tiras de lana por todos lados. Mi paciencia se había agotado tratando de que aprendiera a ser como cualquier gato casero. Y este había sido mi error porque Bigotes no era como cualquier gato, sino que como son todos los gatos abandonados, salvo que ahora tenía un nombre y la posibilidad de establecerse y ser querido. Tenía otros modos y costumbres adquiridos seguramente a costa de porrazos y maltratos. En él la ternura la vi expresada en otros ámbitos. Por ejemplo, ahora lo podía tomar en brazos por más de un minuto, me dejaba hacerle cariño mientras

comía, se acostaba debajo de mis piernas cuando yo salía a tomar aire por la noche. Saltaba hasta la ventana del living y entraba a mi casa cuando me escuchaba hablar por teléfono; me seguía por la calle cuando yo salía. Incluso un día me siguió hasta la micro.

A Bigotes nunca lo iba a poder domesticar, eso era cierto. Pero lo que había logrado en él, que confiara en un ser humano, me bastaba para saber que entre Bigotes y yo había una verdadera amistad.

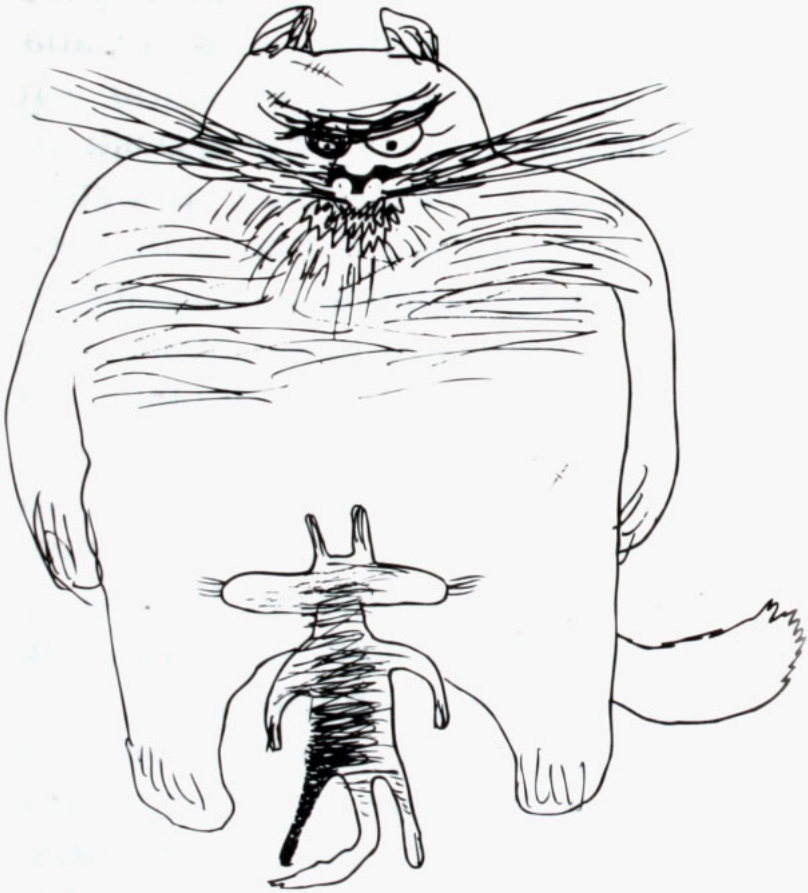
Cinco

Bigotes era considerado un gato lindo y con personalidad, tanto así que no le bastaba con pololear con Cabecita sino que también comenzó un romance con la feúcha y destartalada Mutante. La confianza en sí mismo hacía que Bigotes fuera polígamo y matón. Y esto último tiene pruebas ya que siempre llegaba con algún machucón. Además, se ponía a pelear con otros gatos en la calle, incluso delante de sus pretendientas y de mí, su dueña.

El ritual comenzaba con pequeños maullidos guturales de distintos niveles sonoros; un movimiento cadencioso de su cola y a ras de suelo delataba el malhumorado estado de ánimo que se corroboraba con las orejas hacia

atrás y los ojos aún más rasgados y brillantes. El cuerpecito, ya robusto, se erguía en la parte posterior y las patas delanteras mostraban una actitud dispuesta a saltar en cualquier momento. Era el baile de Bigotes, la demostración primitiva de su naturaleza felina, su manera personal de marcar terreno frente a sus enemigos. Cada gesto, una palabra: mi comida, mi chica, mi dueña.

En una de estas peleas se vio enfrentado con el Gato Plomo, animal que según mi familia (y concuerdo absolutamente con ella), no sólo era temible sino que contaba, a estas alturas, con diez vidas ya que era reconocido por salir incólume de atropellos, envenenamientos y escobazos. Sin mencionar el que desapareciera durante mucho y, ante nuestra



sorpresa, verlo trepar por las murallas uno o dos años después. El Gato Plomo, musculoso, manchado, con unos ojos que miraban directo y penetrante, chascón y sucio, era el verdadero matón, el Padrino de los felinos recoletanos, el jefe de la Cossa Nostra gatuna y el dueño de todas las gatitas del barrio. Esto Bigotes no lo sabía. Hasta que llegó la hora de la verdad y Cabecita lo dejó para unirse a las grandes ligas. Estoy segura que antes de abandonarlo le dijo "no es que no te ame, pero al Gato Plomo es mejor tenerlo como amigo que como enemigo". Y se fue. No lejos. Para Bigotes la humillación más grande fue el verlos convivir en la casa de al lado, a vista y paciencia suya. Yo lo instaba a que fuera y diera la pelea, que recuperara a Cabecita y que,

definitivamente, tomara el mando de la comunidad felina del sector. Él quería hacerlo pero el temor instintivo de morir en la lucha lo hacía desistir. Hasta que un día su orgullo fue más fuerte y, cruzando la reja del antejardín, a paso lento, con la cabeza en alto y el pecho henchido, llegó al enrejado sucio de la casa vecina. Estaba oscuro y un aire tibio mecía levemente las hojas de la inmensa buganvilla que crecía en la pared contigua. Entre el follaje se encontraba Cabecita, vigilada celosamente por el Gato Plomo.

Bigotes ingresó cautelosamente hasta llegar donde estaba su enemigo. Unas cuantas miradas, otros tantos maullidos agudos intercambiados y comenzó la pelea. Varias vueltas en la tierra levantaron una nube de polvo que no me

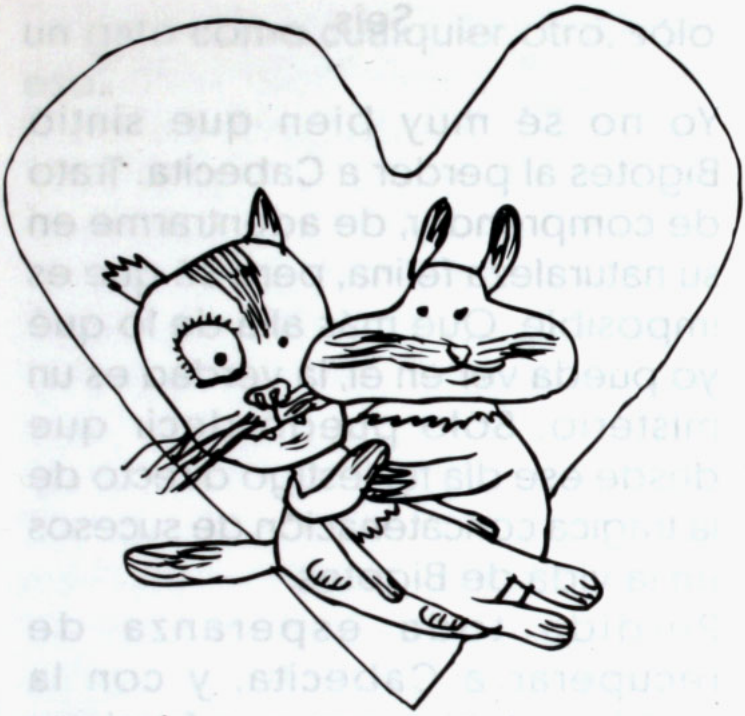
permitía ver con claridad quién estaba ganando. Sólo sentía los chillidos de ambos gatos y la muda presencia de la causa de la disputa. En un momento veo a Bigotes correr rápidamente hacia mi casa, desastrado y con la mirada perdida. Pude percibir en él la derrota. Su respiración estaba agitada y con sus patas delanteras trataba de limpiarse la cara. Estuvo así alrededor de cinco minutos, sin mirarme ni acercarse. Hasta que terminó su labor y, sentado, miraba al infinito, silencioso e inmóvil. Comprendí que Bigotes quería estar sólo, sintiendo esa tibieza agradable, descansar bajo el cielo despejado y estrellado de esa noche de octubre. Dormir en el choapino de siempre, ver el amanecer, caminar por las calles y correr al escuchar mi llamado. Ser

un gato como cualquier otro, sólo eso.

Seis

Yo no sé muy bien que sintió Bigotes al perder a Cabecita. Trato de comprender, de adentrarme en su naturaleza felina, pero sé que es imposible. Que más allá de lo que yo pueda ver en él, la verdad es un misterio. Sólo puedo decir que desde ese día fui testigo directo de la trágica concatenación de sucesos en la vida de Bigotes.

Perdida toda esperanza de recuperar a Cabecita, y con la rapidez intuitiva con que funciona todo animal, Bigotes se refugió en la silenciosa Mutante. Compartían el sol y la calle, algunas caminatas por los techos, uno que otro regaloneo. No era como la amistad que Bigotes tenía con Cabecita pero, en fin, eran gatos, y solos, y macho y hembra. Y ciertamente esto



último era el lazo que más los unía porque de un día para otro Mutante estaba preñada. Así de simple. Y no voy a dudar nunca que esos hijos eran de Bigotes.

En un principio no hice mucho caso del embarazo; es más, puedo decir que Mutante nunca fue de mi gusto.

No por lo fea que era sino que porque no existió mayor química entre nosotras. Pero que estuviera esperando hijitos de Bigotes era un suceso muy importante y de gran cuidado.

Mi atención, desde ese momento, se centró en su bienestar. Si bien la alimentaba un señor que vivía a unos metros de mi casa, yo siempre vigilaba que en su plato hubiera agua, que estuviera tranquila y que tomara sol.

Cada día su vientre crecía más y para cerciorarme que se encontraba bien le tocaba la pancita y esperaba hasta que se moviera. Era tan extraño. Allí dentro crecían gatitos, se movían, tenían espacio en ese cuerpecito pequeño de madre. Me preguntaba cómo iban a salir. Negros como Bigotes o manchados y desteñidos como Mutante. Incluso

ya tenía uno reservado, ya que como Bigotes nunca pudo entrar a mi casa un hijo de él era otra cosa. Constituiría, por lo menos con uno de ellos, el quiebre de la cadena de abandono. Me haría cargo de parte de su historia cuidando a Mostacho, el hijo domesticado de Bigotes .

Esperaba, ansiosa, el nacimiento. Ilusionada. Le contaba a Bigotes el gran suceso del que sería parte y me miraba con esa carita de incrédulo e indiferente, como acostumbrado a no ganar nada y perderlo todo. Y así fue.

Un día de noviembre muy caluroso y seco los árboles eran apenas mecidos por un viento mezquino. La luz del sol rebotaba en el asfalto vistiendo a las casas de una extraña nitidez.

Al llegar a mi casa encuentro a

Bigotes en el antejardín, como siempre. Le doy unas palmaditas en la cabeza y le cambio el agua de su plato.

Entrando en mi dormitorio mi mamá me llama y dice "¡ocurrió algo terrible!". Mi corazón palpitaba más rápido a medida que me iba contando los detalles. Una mezcla de ira y pena se apoderaron de mi. Apenas podía hablar. Entré en mi dormitorio y lloré. Lloré por muchas cosas: porque me sentía responsable, porque se podía haber evitado, porque a nadie le importaba. Pero más que nada lloré por Bigotes. Por su destino trágico, por su historia rota. Por lo irremediable de su sino como animal huérfano y solitario. Lloré porque en mí se realizaba la parte consciente de Bigotes. Porque dentro de mi estaba él y una parte

de mí en él. Y eso es lo que a mí me hacía animal y a él humano. Y en cierta forma, uno sólo.
Mutante había muerto atacada, asesinada. Mutante y los hijos de Bigotes.

Siete

A estas alturas mi gato Bigotes no tenía nada. Sólo el choapino, la comida y yo. Apenas recordaba lo sucedido con Mutante me llenaba de pena y me sentía aún más responsable por él. Ya el verano, finalmente, había llegado. Con el calor insoportable en el día y la fresca tibieza del aire en la noche. A eso de las ocho y media de la tarde salía al antejardín a esperar que oscureciera, acompañada siempre de Bigotes. Conversábamos largo y tendido, yo con la voz y él con la mirada y las orejas. A veces, en silencio, nos acompañábamos en ese letargo tan agradable, incluso podíamos sentir nuestras respiraciones. La noche, como un mar inmenso, iba llenando el cielo de estrellas, arrastrando su

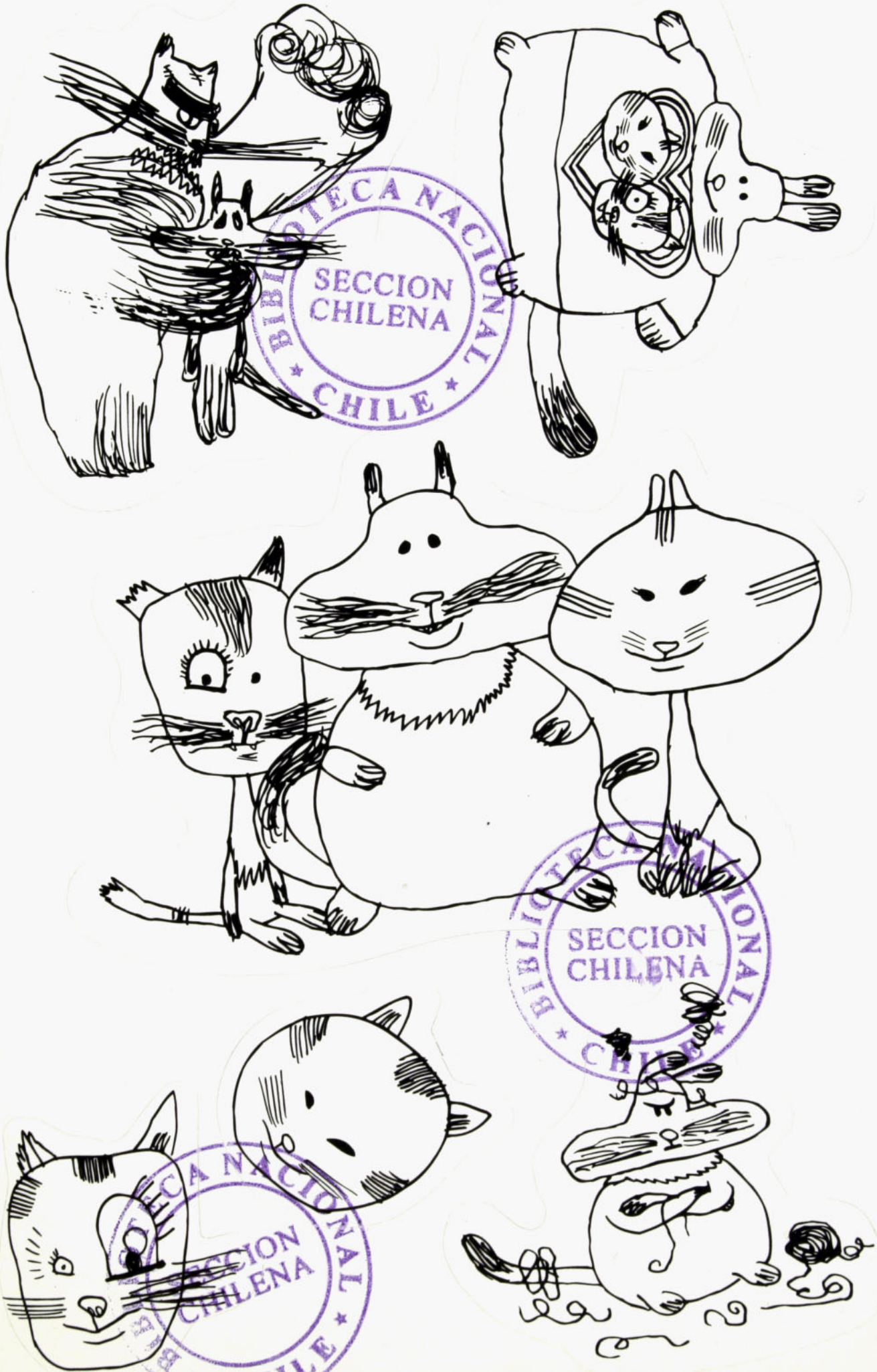
oscuridad hasta terminar con el último destello anaranjado. En una de esas contemplaciones le conté a Bigotes que me iba a ir de la casa. Que mi vida cambiaría tanto como la de él porque, de una u otra forma, íbamos a separarnos. Le expliqué que no podía llevarlo conmigo, pero que no se preocupara porque había dejado estrictas recomendaciones para su cuidado y protección. Y que, por sobre todo, siempre lo vendría a ver aquí, en este antejardín, en el mismo choapino. Y que mientras no me cambiara la voz, él me reconocería en cualquier parte del mundo.

Sé que lo entendió todo muy bien. Un día cualquiera de enero, Bigotes se marchó. Me levantaba temprano en las mañanas con el deseo de encontrarlo ahí, en su choapino

viejo. Por las tardes lo llamaba y me sentaba en la escalera a esperarlo, imaginando que llegaba todo robusto y cariñoso, dibujando con su cola corazones y estrellas. Pero nunca más volvió.

Y sé que pasarán años. Todo el tiempo que demoró en presentarse tardará en irse de aquí. De este papel y de todos los choapinos del mundo.

FIN


BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

Me llamo Carolina y escribir me da felicidad.
Y Bigotes es mi primer libro.

Bigotes era un gato negro con guantes blancos,
flaco al principio y gordo al final.
Así como solo y luego acompañado.

Su historia es la que aquí se escribe porque para mí
su historia empieza cuando yo lo conozco.

En mis 26 años de vida
nunca había conocido un gato tan aporreado.
Y por eso lo quise, por ser una antimascota
que me puso como prueba aceptarlo sin dominarlo.
Debí ser un poco más animal y menos humana
para llegar a conectarme con su naturaleza.
Y lo logré.

Y debo agradecerle no sólo a él sino también
a todos los que han creído en este gato-libro
y saben lo importante que es en mi vida.

A mi papá y mi mamá, mis hermanos Pablo y Rodrigo,
mis amigos Feñi, Alvaro y Musa,
mi esposo y compañero Rodrigo,
a Claudio Sanhueza por su asesoría técnica,
a mi barrio Recoleta por nutrirme de tantos animales
chistosos y, aunque suene cachiporra, a mí.

Y bueno, a todos los que han esperado este momento.
Si hay una canción que identifica a Bigotes
es Crying de Roy Orbison.
Y si hay una palabra que lo define es libre.

Y este libro esta dedicado a Bigotes por si en este tiempo
aprendió a leer.

El Desencantamiento de los Juguetes

por MAGDALENA PETIT

ZIG-ZAG

"EL DESENCANTAMIENTO DE LOS JUGUETES"

F A N T A S I A T E A T R A L

PERSONAJES:

El hada del Destino.
Santa Claus.
Muñeca I.
Muñeca II.
Muñeca III.
Soldadito I.
Soldadito II.
Soldadito III.
El Corneta.
El Payaso.
La Caturra.
El Burro.
El Disco.
El "Cupid".

PROLOGO

(El palacio del hada del Destino: especie de caverna hecha de estalactitas y estalacmitas luminosas como espejos. Algunos sitiales caprichosos de roca cristalizada. Un trono, incrustado en el fondo, sobre graderías naturales. Innumerables relojes van dando las horas de los destinos que representan. El hada, regiamente vestida, está mirando con atención en una enorme esfera de cristal. Juegos de luces, desde los más sombríos colores, hasta los más vivos, van tiñendo los relojes y deben dar la impresión, junto con el juego de los sonidos, de representar la actividad constante de los distintos destinos).

El Hada. — (Moviendo las agujas de uno de los relojes). No quiere... No tiene voluntad... Niño, cuándo aprenderás a comprender. (Se oye un campanilleo muy argentino). ¿Quién viene a interrumpirme? (Levanta su varilla y se abre la puerta). Entrad... ¿Quién eres?

Santa Claus. — ¡Hada hermosa del Destino, salud! Yo soy Santa Claus.

Hada. — Bienvenido, Santa Claus. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Santa Claus. — Sobre la misma nube que me lleva, en las fiestas de Navidad, a repartir juguetes. Vengo a pedirte un favor. ¿Puedes cambiar la suerte?

Hada. — Yo no ayudo sino al que se ayuda. Al que no se mueve, que no lucha, lo abandono y se lo lleva mi rival La Fatalidad. Ven acá. Este reloj representa la vida de un hombre que nació lleno de salud, rico y hermoso. No ha sabido conservar este admirable destino. Fué dándose a la bebida y luego enfermó. Yo, desde aquí, empujaba hacia lo alto la aguja de la suerte, que iba descendiendo; pero él, desde allá, no hacía el menor esfuerzo por abandonar su vicio.

Santa Claus. — Creería, como tantos, que era ese su destino.

Hada. — No, demasiado siente que muevo la aguja hacia arriba. (Empujando con fuerza la aguja). Esta es la última vez que le ayudo para que veas tú mismo con qué energía les señalo a los hombres su ruta. (Suelta la aguja).

Santa Claus. — ¡Se está moviendo sola!

Hada. — ¡Qué felicidad! Esto significa que ese hombre comprende, al fin, que puede salvarse si quiere. Voy a mirar en la esfera de cristal lo que sucede. (Acercándose a la esfera). Está con un médico..., le promete cuidarse..., llama al mozo para que se lleve la botella de whisky... El primer paso está dado: es el que más cuesta..., y tú, ¿a qué vienes, Santa Claus?

Santa Claus. — A pedirte que les dieras un destino a los juguetes. Que no sean, ya, puros objetos, cosas.

Hada. — ¡Los juguetes!

Santa Claus. — ¿Por qué no?

Hada. — Si tanto cuesta conseguir de los hombres que cumplan su destino, ¿cómo pensar en dárselo a los juguetes?... (Se ríe).

Santa Claus. — Nada se pierde con ensayar.

Hada. — Aun a los que tienen cuerda, poco les dura...

Santa Claus. — Por lo mismo que son objetos. Pero dales vida y verás.

Hada. — No se puede, Santa Claus.

Santa Claus. — A las muñecas, siquiera, a los soldaditos. Representan a la gente, y han de ser puras cosas. Esto no es justo. Yo te pido destino vivo para ellos.

Hada. — Bien, Santa Claus, con tu empeño me obligas a escucharte, fuerzas la suerte: les das tú mismo así, el destino que para ellos me pides. Serás escuchado. Pero, ay de ellos si no se portan como deben: volverán a ser inertes juguetes.

Santa Claus. — Conozco una casa, cuyos dueños, gente muy rica, están ausentes. En la pieza de los niños han quedado varios juguetes de precio. Empieza con esos, que son más perfeccionados y merecen ya un destino.

Hada. — Sí, empezaré con ellos.

Santa Claus. — Gracias, hada generosa. Te confío los juguetes, mis amigos. Adiós.

Hada. — Gracias, Santa Claus, por tu fe en mi poder. Buenas noches (Sale Sta. Claus y el hada levanta su varilla). Sombras propicias, ocultadme y llevadme a la casa donde están esos juguetes. (El escenario queda a obscuras).

FIN DEL PROLOGO

A C T O I

(El escenario que está a obscuras, se ilumina, de pronto, con la presencia del hada, y aparece una pieza con los muebles arrinconados. En una mesa se amontonan varios juguetes. El hada inspecciona un instante la pieza y luego los juguetes).

El Hada. —(Tomando una muñeca y examinándola largo rato). Ah, sabes mover los ojos... (La muñeca dice "mamá"). Sabes decir mamá... (Poniéndola de pie sobre la mesa). Y a n d a s . . . , como si quisieras ser viva. ¿Quieres serlo, no? (La muñeca dice repetidas veces "mamá". La toca entonces con su varilla). Por el poder de mi varillita de virtud, te doy vida y tamaño natural.

(En el caso de no tener el escenario las condiciones requeridas, puede suplirse a esta falta, poniendo en boca del hada las siguientes palabras: "Sombras propicias, cread el caos y del caos, la vida". Se obscurece el escenario. Aparece una muñeca idénticamente vestida, de tamaño de adulto, o de niño, en caso de serlo los actores).

Muñeca. — (Arrodillándose). Me has desencantado; gracias, gracias. El Hada de la Fatalidad me tenía condenada a ser juguete.

Hada. — Es Santa Claus quien me lo ha pedido. Te he desencantado, pero a una condición: te harás merecedora de ser viva. Serás buena, hacendosa, honrada.

Muñeca. — Sí, buena hada, sí.

(Se inclina y al hacer este movimiento, dice involuntariamente con su voz de muñeca, como antes, "mamá", "mamá". Se endereza rápidamente, sorprendida).

Hada. — (Riendo). La costumbre, ¿lo ves? Si te inclinas, dices "mamá", como antes. Ya se te pasará.

Muñeca. — Sí, buena hada, sí. (Se inclina, agradeciendo). "Mamá"... (Se endereza confundida). ¡Por Dios, otra vez!

Hada. — Debes vencer ese resorte. Ya no me ocupo de ti, tu suerte está en tu voluntad, en tu inteligencia. Desarróllalas. (Busca otro juguete. La muñeca se queda un poco tiesa, mirándola). A ti también, soldadito, te desencantaré. Te dejaré tu uniforme para que representes al hombre que lucha. Por esta varillita de virtud, te concedo la vida. (Se transforma el juguete).

Soldado I. — (Cuadrándose). Gracias, mi Generala.

Hada. — No soy Generala. (Riendo).

Soldadito I. — Dispense, señora hada: es la costumbre... (Sigue cuadrado).

Hada. — (Bajándole la mano) Abajo, esa mano, no tanto saludo, y más trabajo.

Soldadito I. — Soy soldado de parada. Mire cómo sé mar-

char. (Da algunos pasos de parada, muy tieso de movimientos).

Hada. — Alto, eres ahora soldado de la vida. A luchar por ser hombre y no maniquí.

Soldado I. — Bien, Generala. (Sorprendido). Ay, se me olvida. (Se toma la mano derecha con la izquierda y se la baja, imitando lo que hizo el hada, pero la mano vuelve arriba). Se me va sola.

Hada. — Edúcala. Saluda como debes, a esta muñeca.

Soldado I. — (Sujetándose con fuerza la mano que ya se le va). Como está, señorita

Muñeca I. —(Inclinándose). "Mamá"... (Se endereza con precipitación). Ay, se me olvidó. (Se ríen los tres). Cómo está, caballero.

Hada. — Vigílense, Uds., aprendan a ser como deben ser. A otro, ahora.

Soldado I. — (A la muñeca). Señorita, ¿quiere Ud. acompañarme a dar un paseíto por esta pieza?

Muñeca I. — Bueno, señor.

(Salen, moviéndose mecánicamente, él con paso de parada, ella diciendo "mamá")

Muñeca I. — ¡Qué difícil es andar como los vivos. No sé, todavía, pero quiero aprender!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Soldado I. — Yo también.

(Caminan, ya con modo natural, ya mecánicamente).

Hada. — A ver, este Cornetín. Por mi varillita de virtud, te desencanto. Que seas el que llama al bien, al esfuerzo.

Corneta. — (Habla con un portavoz, en tono ronco y monótono). Gracias, hada. Qué ansias tenía de hablar, con palabras. Con los sonidos, poco caso me hacían. (Todos se ríen).

Hada. — Tendrás que modificar el tono. Saluda a tus hermanos.

Corneta. — ¡Tu—tu—tu—tú! (Da un formidable cornetazo. Risa de todos).

Hada. — ¿Tú eras el que tanto deseaba cambiar el sonido por la palabra?

Corneta. — Ya aprenderé. ¡Quiero aprender!

Hada. — Vas bien, la voluntad es lo primero. A otro, ahora. Este burrito. Le daremos la oportunidad de que demuestre si es capaz de ser algo más que burro. Por esta varillita de virtud, te doy vida y te concedo el don de la palabra.

(Se transforma el burrito, como hombre, envuelto en una piel de burro, que deja ver el rostro).

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Hada. — Dame las gracias.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Hada. — Como gente, digo.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Hada. — Vamos, burrito, con palabras.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Hada. — Asno habías de ser, por lo porfiado.

El corneta. — (Mientras el hada sigue buscando entre los juguetes). Hombre, comprendo que tener el don de la palabra es lo más bello que pueda sucedernos.

Burro. — A mí me dá lo mismo. Hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Muñeca. — ¡Burro!

Soldado. — ¡Asno!

Corneta. — No, no lo desalienten. Tiene que comprender. Amigo, podemos sentir ahora, pensar, movernos. Si no lo aprovechas, volverás a ser un juguete, es decir, una cosa que nada sabe, nada puede.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha... Me da lo mismo.

Corneta. — (Da un formidable cornetazo. El burro se asusta y corcovea). Para que tus largas orejas oigan, ya que tu corta inteligencia no comprende.

Hada. — Aquí, este payaso. (De cuerda al juguete que empieza a moverse). Tienes voluntad, te mueves. Tu carita hace reír y sabrás alegrar a la gente. Mereces la vida.

Soldado I. — No como este asno...

Hada. — Por esta varillita de virtud, te concedo la vida. (Se transforma y sale haciendo cómicas reverencias a todos y morisquetas al burro). Signorina, vous parlez, francés? (Con mucha mímica, dirigiéndose al hada). moi también. Ma soy ítalo-chileno. Mitad del uno, mitad del altro. Por la mamita italiano por il papito chilienzi.

Hada. — No desvíes tu destino. Debes divertir, pero cada vez con más finura.

Payaso. — —Se me da público bueno, il chiste será fino. Se me da burros, pasto les daré.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha... Pasto, quiero pasto, yo.

Payaso. — Toma, mientras tanto. (Le lanza un puntapié y el burro corre a esconderse; todos se ríen).

Corneta. — (Serio). No es manera de ayudarle a ese pobre burro a dejar de ser asno.

Payaso. — (Tapándose cómicamente los oídos). ¡Oh, qué voche! Parece radio. (Le quita el portavoz y se lo lleva a la boca, imitándolo). No es manera, *con ese tono*, de ayudar a ese pobre burro a dejar de ser burro. (Devolviéndole el portavoz). Eh, voche de majadero. Andate a la radio.

Hada. — Todos aquí tienen que aprender para llegar a realizar con perfección el papel que el destino les señala. Tú, no tanto cornetazo. Tú, cuidado. No por decir chistes y hacer bromas, se te pongan la boca o la mano pesadas. Bueno, ¿qué otros juguetes u objetos quieren Uds. que les hagan compañía?

Muñeca I. — Mis compañeras las muñecas. (Le trae dos muñecas).

Soldado I. — Otros soldados. (Le trae dos soldaditos).

Corneta. — Esta lorita, para que me ayude en mis prédicas.

Payaso. —(Divisando un fonógrafo). Per me, pido música para alegrarme, ya que a mí nadie me alegra. Cuesto disco, Signorina. (Leyendo). "Cielito lindo". (Lo da vuelta). Es doble. "La Rurrupata". Sempre tocaban estas piezas los niños.

Muñeca. — Pero estaba rayado, ese disco.

Payaso. — Si vive, se arreglará.

Hada. — (Alzando su varilla). Que todos estos objetos queden desencantados. (Se transforman).

Las muñecas. — Gracias, señora hada. (Se abrazan entre ellos). Qué felicidad, hermanitas.

Soldaditos. — Hurrah, viva el hada.

Lora. — "Lorita pintada, de la Veracruz criada, un perro, un perro me trajo robada". Ja, Jaá, Ja... La patita, Lorita.

Corneta. — Tendré que enseñarle otro repertorio.

Lorita. — (Imitándolo). Tendré que enseñarle otro repertorio.

Hada. — (Al Disco). Tú no has dicho nada.

Payaso. — (Precipitándose sobre el disco y señalando con el índice líneas supuestas como si fuera éste la aguja del fonógrafo). Hay que ayudarle. Non si vaya, Signorina, sin un poco de bella música.

Disco. — "El amor que me tuviste, Cielito lindo", etc.
(Al llegar a las palabras "se le cayó el pelo", repite: "el pelo, el pelo, el pelo, el pelo, etc.)

Muñeca. — ¿No dije que estaba trizado?

Lorita. — (A un tiempo con el disco que sigue). El pelo, el pelo, el pelo...

Hada. — ¡Callen! Tú, Lorita, debes aprender a hablar por tu cuenta, sin repetir todo tal como lo oyes. Ese es el destino humano para ti. Si no lo cumples, volverás a ser un juguete... Tú, Disco, aprende siquiera a librarte de tu trizadura.

Disco. — Quisiera cantar otra cosa: una ópera, La Traviata. Cielito lindo, es ordinario...

Hada. — Entre cantar mal La Traviata, y muy bien Cielito lindo, más te vale como cumplimiento de tu destino, cantar a la perfección Cielito lindo. He dicho. Recuerden, todos, mis consejos. Hasta este otro año. Volveré para ver sus progresos.

Todos. — Gracias, hada, gracias. (Va saliendo).

Muñeca I. — (Inclinándose). "Mamá"...

Soldado I. — "Adiós, mi Generala"...

—*Burro.* — Hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Payaso. — Ea, música en vez de rebuznos.
(Hace maniobrar el Disco).

Disco. — "El amor que me tuviste, Cielito lindo", etc.
(Repitiendo como anteriormente). "El pelo, el pelo, el pelo, etc."

Lorita. — El pelo, el pelo, el pelo, etc.

Todos. — (Imitando cómicamente). El pelo, el pelo, el pelo, etc.
(Va cayendo el telón).

FIN DEL ACTO I

ACTO II

(El mismo decorado).

Corneta. — (Dando un cornetazo). Bueno, ¿qué hacen ahora, todos? Parecen objetos otra vez. Ni tú, el gracioso, te mueves.

Payaso. — (Haciendo una morisqueta). Ahí va. No todo es trompetear. Estamos pensando cada uno en nuestra nueva misione. Antes, con darnos cuerda..., yo, por ejemplo, tenía una llave de este porte, en..., aquí, en el hígado. (Haciendo el gesto de darse cuerda). Trra, trrr, trrr. Ahora tengo la cuerda aquí adentro (Señala su cabeza). y no se mueve si no pienso. (Se sienta en el aire en la postura de la estatua de Rodin, "El Pensador").

Muñeca I. — He quedado muy cansada. No es fácil aprender a moverse sin tiesura y a no decir "mamá", cuando me inclino.

Soldado I. — ¿Quiere que le ayude, señorita? Tengo fuerzas, la sujetaré. (Salen a dar un paseo por la pieza).

Corneta. — Eso está muy bien. (A los otros soldados). Hagan Uds. lo mismo con ellas. (Señala a las muñecas).

Soldados. — Bueno, mi Coronel.

(Salen mecánicamente, con paso de parada, dándoles el brazo a las muñecas).

Corneta. — ¡Coronel!... Con paso natural, vamos... Así... Qué hermosa es la cooperación. (Recitando, siempre con voz de radio, por el portavoz). Enseñar al que no sabe, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo...

Lora. — (Con voz de caturra). Enseñar al que no sabe, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo...

Burro. — (Siempre en su rincón). Hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Payaso. — (Poniéndose de súbito en pie). ¿No te dijo el hada que no fueras majadero? Hasta el burro bosteza.

Lora. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Disco. — Ahora son dos los que rebuznan...

Payaso. — ¿Saben Uds. cuál es el colmo de los colmos de una lora? *Hablar por boca de ganso.*

Lora. — (Repitiendo). *Hablar por boca de ganso.*

Payaso. — (Indignado). ¡Ah, Caturra, caturra, caturra!

Lora. — ¡Caturra, caturra, caturra!...

Payaso. — Retiro lo de..., *boca de ganso.*

Corneta. — Naturalmente, repite lo que oye. Cuando yo le enseñe mis lecciones podrá llegar a ser una gran maestra.

Payaso. — Poverina, qué destino.

Burro. — (Saliendo precipitadamente de su rincón). Hi—ha—hi—ha hi—ha—hi—ha... Ese, niño, ese niño...

Corneta. — ¿Qué, niño?

Muñeca. — Ahí en el rincón.

Soldaditos. — Se esconde.

Burro. — Hi—ha—hi—ha...

Soldado I. — (Trayendo al Cupid del pelo). Aquí, si te resistes, te llevaré a la fuerza.

Cupid. — No me despeinen mi mechoncito.

Muñecas y soldados. — ¡Qué lindo, qué monada!

Payaso. — E cuesto infanzone, ¿de dónde sale?

Corneta. — ¿Quién eres?

Cupid. — (Con desplante. Habla ceceando). ¿Y no lo ves?

Corneta. — Sí, el Cupid. Pero eras juguete, y a ti no te desencantó el hada, por eso pregunto quién eres.

Soldados y muñecas. — (Con entusiasmo). ¡Qué monada!

Cupid. — Cuando el hada dijo: "Que todos estos objetos sean desencantados", yo estaba cerquita y quedé también con vida.

Payaso. — (Quitándole el lazo a una de las muñecas y poniéndoselo al Cupid). Poverino, tendrá frío... (Presentándolo ceremoniosamente). Il infanzone con su traje de gala.

Caturra. — ¡Qué lindo, qué monada!

Corneta. — ¿Qué piensas hacer? No te ha dado programa el hada.

Cupid. — Mi gusto es jugar ya con unos, ya con otros.

Muñeca II. — (Señalando al soldado II). Juega con nosotros.

Muñeca III. — No, con nosotros.

Soldado I. — (Convincente). Lo obligaré a quedarse con nosotros (Trae de un brazo al Cupid, que trata de escurrirse).

Corneta. — El Cupid es libre, no tienes derecho a esclavizarlo.

Pareja II. — Ven con nosotros, por favor.

Pareja III. — No, con nosotros. (Se lo pelean).

Payaso. — (Al Corneta). Si lo dejas juguetear a su antojo, verás la quebrazón que te hace.

(Los soldados ya se están dando de puñetes y las muñecas se mechonean).

Burro. — (Huyendo a su rincón). Hi—ha—hi—ha...

Payaso. — ¡Lo ves!

Corneta. — (Dando un fuerte cornetazo). ¡Silencio!

Caturra. — ¡Silencio!

Corneta. — Deja que hable solo, Caturra.

Payaso. — Vamos a desconectarla. (Le quita el lazo a otra muñeca y amarra la cabeza de la lora).

Corneta. — Silencio, he dicho. ¡Todos aquí!
(Adelanta la pareja I con andar mecanizado. Las otras no hacen caso. Se han puesto a bailar ronda con el Cupid).

Muñeca. — "Mamá"...

Soldado I. — "¡Salud, General!".

Corneta. — ¡Qué barbaridad, han dejado de progresar!

Muñeca. — (Avergonzada). No, maestro Corneta, queremos cumplir nuestro destino. Ya no volveremos atrás.

Soldado I. — Seremos buenos. Pero como recompensa, déjenos, a esta señorita y a mí, el Cupid: le enseñaremos a portarse como debe.

Corneta. — Eso se verá después... Payaso, entretén tú al niño, necesito que todos atiendan a mis palabras. (Con un cornetazo). Vengan, Uds. (El Payaso se sienta y toma al Cupid sobre las rodillas).

Payaso. — ¿Le haré morisquetas?

Corneta. — Oigan Uds., ahora. Para cumplir mejor nuestro programa, tenemos que salir de aquí. Buscaremos una casa en la que viviremos todos juntos. Las muñecas se ocuparán del aseo, de la comida, zurcirán la ropa. Nosotros, los hombres, ganaremos el dinero.

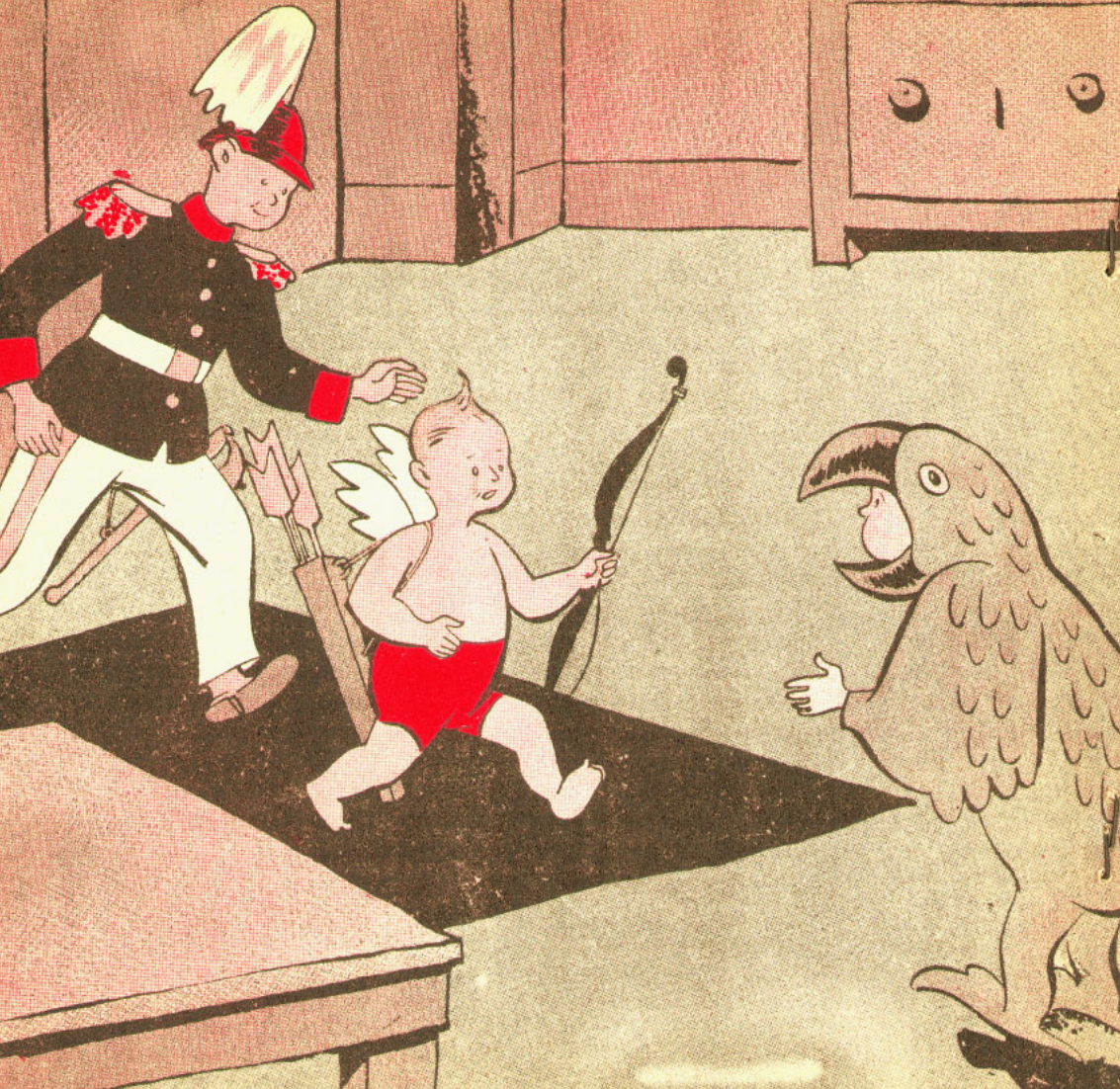
Parejas II y III. — No queremos trabajar. Nos quedaremos a jugar con el Cupid.

Corneta. — Tontos, sin trabajar se aburrirían. Yo les enseñaré. El mejor juego es el trabajo. Salgan adelante.

Parejas II y III. — Que venga el Cupid, entonces.

Corneta. — Aun no ha llegado su hora. Salgan sin rezongar. (A la pareja I). Uds. también. (Salen). Eh, burro, adelante.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha. (Sale).



Corneta. — ¿Se ha dormido, la Caturra?
(El Payaso deja al Cupid y se acerca).

Payaso. — Si estará fachendo la mosca morta.

Corneta. — Hombre, se desmayó. Ajustaste demasiado la amarra.

Payaso. — (Quitándole el lazo a la caturra). Algún taco de palabras... (Se acerca el Cupid).

Lora. — (Desbordante). ¡Qué monada, qué monada, qué monada, qué monada!

Cupid. — (Tapándose los oídos). Uf, prefiero jugar con las muñecas. Déjenme salir.

Corneta. — ¡Sal tú, Caturra!

Lora. — ¡Majaderos! (Suspira y luego mientras va saliendo, entona: "Caturrita del alma, me decía el lorito...").

Payaso. — Espérate, li voy a dar la serenata qui li conviene, para su nuevo ripertorio. Sígueme, Disco.
(Salen mientras el Payaso hace funcionar el disco y se oye "Cielito lindo").

Corneta. — Me voy con ellos. Tú te quedarás encerrado aquí, hasta el día en que yo crea conveniente venir a buscarte.

Cupid. — ¿Qué mal he hecho?

Corneta. — Eres demasiado juguetón, todavía. Tienes que crecer un poquito y aprender a vivir. Hasta luego, pórtate bien.
(Saca la llave de la cerradura y sale dejando cerrado por fuera).

Cupid. — (Llora y patalea un momento. De pronto se sonríe). No, no y no. Cerraste la puerta, pues me iré por la ventana. (Se trepa a la ventana. Antes de salir mira hacia la puerta, riéndose). ¡Huiche, huiche, huiche!

Telón.

FIN DEL ACTO II.

ACTO III

(Un parque o jardín. Hacia el fondo un chaletcito coquetón. Mañana asoleada de verano. Algunas sillas de lona, una mesita, debajo de los árboles. El Payaso va saliendo del chalet arrastrando el Disco de la mano).

Payaso. — A repasar la lección antes de salir a tocar en público.

Muñeca. — (Desde el umbral del chalet, batiendo merengue). ¿Eh, Payaso?

Payaso. — ¿Qué hay?

Muñeca. — El niño está llorando, ¿puedo dejarlo salir al jardín? Todos han ido a su trabajo, las muñecas pasean: no estorbará.

Payaso. — ¿Y si lo pilla el Corneta?

Muñeca. — Hoy llegará tarde.

Payaso. — Espera que nos vayamos.

Muñeca. — Bueno. (Entra al chalet).

Payaso. — (Aplicando el índice sobre el Disco). Eh, va cicatrizando la herida.

Disco. — (Retrocediendo). ¡Ay!...

Payaso. — ¿Duele?

Disco. — Me hiciste cosquillas.

Payaso. — Vamos, atento. (Llevando el compás). Uno, due; uno, due. Un momento, Signores: Io tengo qui ser battuta, e tengo qui ser aguja, e tutto...

Disco. — Sí, te llevas la gloria y el pago. Pero yo soy el que canta.

Payaso. — Prueba di funcionare sin me.

Disco. — Y tú, sin mí, ¿qué harías?

Payaso. — (Dándose importancia). Basta, repite, e sin falta.

Disco. —(El Payaso va señalando las líneas a medida que canta el Disco). "El amor que me tuviste, Cielito lindo, etc.". (Canta sin falla hasta llegar ay, ay, ay, en donde la voz tremola o trina un momento).

Payaso. — Cuesto falla todavía. Ma il público creerá que es uno gorgorito di grande cantante. En marcha.

Disco. — ¿No me vas a dar vuelta para ensayar la Rurrupata? (Se oye un ruido de aeroplano).

Payaso. — Eh, mira cuesto otro gorgorito celeste. (Atraviesa el espacio un carro de nubes en el que va Santa Claus).

Disco. — Viene aterrizando aquí.

Santa Claus. — (Llegando en su carro). Vengo a hacerles una visita.

Payaso. — (Con un saludo fascista). Santa Claus, pero qué honore. Cuanto tiempo sin vederlo.

Santa Claus. — Desde Pascua del año pasado. Mañana es Nochebuena, otra vez, y vengo a invitarlos a todos para ir juntos adonde el Hada.

Payaso. — Sírvase tomar asiento, Venerabile Sant... ...aus. Los demás están afuera. El Corneta salió en el automóvil.

Disco. — (Sofocando la risa). ¡El automóvil! Ja, ja, ja.

Payaso. — (Muy digno). Ma sí: repito "en automóvil". (Se oye rebuznar).

Disco. — ¿Oyes el claxon? El auto vuelve.

Payaso. — El Corneta quedó de mandármelo si lo desocupaba.

Santa Claus. — (Divisando al Burro). Y... ¿ese burro?

Disco. — (Riendo). Ese es el auto...

Payaso. — (En tanto que el Disco se sujeta las costillas riendo). Cuesto Disco carece por completo de imaginazione. Non sabe darle "realce" a las cosas de la vida. Acaba de reírte, tonto, y anda a avisarle a la Muñeca que Santa Claus está aquí. (Sale el Disco). E un vehículo como cualquiera, il Burro. Eh Burro, ven acá. (Adelanta corriendo el Burro). Admirabile: la mía voche fa di partita. Non necesito transpirare fachendo así. (simula dar la partida, moviendo la cola del burro)

Burro. — (Dando un corcovo). Quita, me duele. (Cae el Payaso).

Payaso. — (Levantándose y acariciando al Burro). Llévame hasta allí para que Santa Claus reconozca tus perfecciones.

Burro. — (Amurrado). Estoy sin bencina.

Payaso. — Poverin, toma. (Le pasa unas ramas).

Santa Claus. — (Acariciándose las barbas). El consumo es barato sin duda.

Payaso. — Cosi, cosi... hay que regar las plantas (Montando sobre el burro). Parte, ahora... No ha oído. (Le toma la oreja como si fuera un fono). Parte, parte, te digo. (Cariñosamente persuasivo). Parte, hijo... Es que hay días en que no entiende en castellano. (Otra vez en el oído, pero con voz que trata de contener su ira creciente). Avanti, avanti, bestia borricuda... (Con tono que quiere explicar filosóficamente). Estamos en pana.

Santa Claus. — Es cosa de todos los autos...

Payaso. — El aceite que está congelatto. Vamos a calentarlo. (Imita el grito de los huasos, dando fuertes espuelazos). ¡Ah, yegua-yegua-yegua! (El Burro parte a perderse tirando el Payaso al suelo).

Santa Claus. — (Viendo que el Payaso no se mueve). Payaso, Payaso, ¿estás muerto, herido?

Payaso. — Accidente del tránsito. Hay que esperar el fallo de l'Asistencia Pública. (Imita la bocina de la Asistencia y luego como si ésta hubiera llegado, se pone de pie, tocándose la cabeza, las costillas, los miembros): Vivo é sano. (Imitando como si la Asistencia partiera veloz). Psssssss...

Disco. — (Volviendo). No la puedo encontrar. La he buscado por toda la casa.

Payaso. — Busquémosla en el parque. (Se oye cantar: "Caturrita del alma"). Perdone, Santa Claus, ahí viene la Lora, lo dejo un instante con ella. Eh, Caturra, atiende a Santa Claus. (Llega la Lora por la izquierda y salen el Payaso y el Disco).

Santa Claus. — Señorita, cómo está Ud.

Lora. — (Habla con suma rapidez convencionalmente y con pedantería). Abuelito Santa Claus, ¿cómo está Ud.? ¿Todos bien por su casa? Cuanto me alegro de verlo. El Corneta va a estar encantado cuando sepa que nos ha honrado con su visita de Ud.

Santa Claus. — He venido a anunciarles que mañana los llevaré al Palacio del Hada.

Lora. — (Con aspavientos). Ay, Dios mío, Señor santo, Virgen Santísima. (Se persigna con suma rapidez y se besa el pulgar en forma de cruz).

Santa Claus. — Calma, hija mía, qué agitada eres.

Lora. — Es que me figuro que irá a ser aquello una especie de examen de bachillerato, algo así como el Juicio Final. Y yo soy nerviosa. (Tóqueme el corazón, Santa Claus). nerviosa, nerviosísima. Míreme el pulso como salta. Por más que me encomiendo a Nuestro Señor, a la Virgen y a todos los Santos, estas pruebas me sacan de quicio. Y eso que estoy preparada, muy preparada, preparadísima. Por los mejores maestros: los mis-

mos Ministros de Educación, han sido mis preceptores. Viera Ud. cuántos variados programas he probado en poquísimo tiempo. Como los ministerios no duran...

Santa Claus. — Pero qué sabia serás...

Lora. — (Con pose). Tengo mi "surmenage", ¡pertenezco a tantas sociedades, centros de Papagayos, Liga de Cotorras, Asociación de Loritas, Asamblea de Cacatúas. (Se le corta el resuello) Etc. Etc. Etc.

Santa Claus. — Pero no creí que los juguetes desencantados siguieran por las mismas que los hombres.

Lora. — Santa Claus, se ve que no es Ud. de nuestros tiempos. ¡Viera lo que pasa aquí! ¡Es un escándalo, un escándalo, un escándalo! Oiga Ud. — pero esto para los dos...

Cupid. — (Ha llegado sin que lo notaran). Acusete, cara de cohete, cinco panes y un bonete.

Santa Claus. — Eres irrespetuoso, niño. Tampoco me has saludado.

Cupid. — (Pasándole desenvuelto la mano). Cómo le va, Viejito Pascuero. Esa es una solterona chismosa.

Lora. — Ah, ah, Santa Claus...

Santa Claus. — Se desmaya.

Cupid. — No, comedia. Es para que yo le sople la cara. (Sopla).

Lora. — ¡Insolente!

Muñeca. — (Desde el Parque). ¡Cupid! ¡Cupid!...

Cupid. — Adiós, Viejito Pascuero, me llaman. (Sale corriendo al Parque).

Payaso. — (Volviendo con el Disco). Imposible encontrar a la Muñeca.

Lora. — Acaba de entrar al chalet. Está con el Cupid, como siempre.

Santa Claus. — Bueno, me voy. (El Disco se pasea entonando con sorna, entre dientes, "Cielito lindo").

Payaso. — ¿Pero no espera Ud. al Corneta?

Santa Claus. — No puedo; dile al Corneta que pasaré a buscar a Uds. mañana a las once de la noche. Adiós.

Todos. — Adiós Santa Claus.

Payaso. — (Al Disco). Ea, tú, el aeroplano de Santa Claus.

Disco. — (Empujando el carro). Listo.

Santa Claus. — (Sube y parte). Adiós. (La Pareja II llega por la avenida de la izquierda).

Payaso. — ¿Qué han estado haciendo, par de flojos?

Lora. — Esta mujer no ha barrido la casa y ya va a llegar el Corneta. (El Disco se pasea ensayando en sordina el gorgorito como si quisiera vencer la falla).

Muñeca. — Barrí ayer. Fuí a acompañar al soldadito. Se aburre marchando sólo.

Lora. — Si trabajara en vez de estarse tomando el sol... Pero el Corneta lo sabrá. Sí, sí, sí, lo sabrá...

Soldado II.—Salud, misiá Reparos. (Toma del brazo a la muñeca). Vamos a casa. (Entran al chalet).

Lora. — Ahora llegan los otros tunantes. (Suspira).

Payaso. — ¡Tan suspirona!

Lora. — (Volviendo a suspirar). Yo entro a lavarme las manos.

Payaso. — No te vayas. (Entonando patéticamente): "Damisela encantadora". (Se vuelve compungida la Lora). Vete, fué chiste, yo hablo siempre en broma.

Lora. — Hombre, Payaso, naturalmente.

(Le da la espalda y se dirige al chalet; aparece por la avenida de la izquierda la Pareja III; vienen corriendo hacia el chalet, volteando al pasar, al Disco).

Payaso. — (Recogiéndolo). Bestias, falta que me lo hayan trizado otra vez.

Disco. — (Palpándose). No... (Entonando). "Canta y no llores..."

Muñeca I. — (Trayendo al Cupid de una oreja). Payaso, no sé qué hacerme con este niño. Le di su almuerzo y ya se estaba quedando dormido. Pero llegaron estas parejas y empezó a jugar con ellos. No los dejaba terminar el aseo. Arréglate tú con él. Yo no puedo dejar que se me queme la comida. (Vuelve al chalet).

Payaso. — (Al Disco). Eso si llama "cacho", ¿no? (Le canta, le baila, hace cabriolas, pero el Cupid no chista). ¿Estás amurrado, Bebé?

Cupid. — (Lloriqueando). Hi—hi—hi—hi...

Payaso. — ¿Tienes hambre?

Cupid. — No

Payaso. — ¿Estás con sueño, entonces?

Cupid. — *Nooooo.*

Payaso. — Sí. Ven acá, Disco. (Desatornilla la tuerca y da vuelta el disco). Vamos a ponerle la Rurrupata. Paséalo por el jardín, que haga tutito. Si divisas al Corneta, lo escondes. Cuídalo bien, te dejo de "nurse" mientras voy a tomar el aperitivo.

Disco. — Me sé de memoria las instrucciones...

Cupid. — En brazos, en brazos...

Disco. — Espérate que llame el auto del caballero. Yo soy mozo, aya, intérprete...

Payaso. — Hombre, los artistas no alcanzan a ganarse la vida con su puro arte.

Disco. — ¡Hi—ha!

Burro. — (Llegando al trote). Hi—ha—hi—ha—hi—ha.

Payaso. — (Después que se ha trepado). ¡Al Crillón!

Disco. — (Tomando las dos manos del Cupid y paseándolo con un movimiento rítmico de los brazos, entona a boca cerrada la Rurrupata).

TELON

FIN DEL ACTO III.

EPILOGO

(El mismo decorado del Prólogo. En un rincón están amontonados unos juguetes).

Hada. — (Mirando en la esfera de cristal). Dios mío, ya vienen por el camino. Son más de las once. Pronto, alistarlo todo. Varillita de virtud, necesito un árbol de Pascua. (Surge el árbol). Varillita de virtud, necesito una mesa con la cena preparada y dos lacayos. (Surgen). Bien, muy bien. (A los lacayos). Anda a abrir la puerta, vienen llegando mis invitados. Tú, dale cuerda al gran reloj cucú. Que no se atrase al dar las doce a Navidad.

(Se sienta majestuosamente en su trono. La puerta se abre y adelantan todos en fila disciplinada, detrás de Santa Claus y del Corneta).

Santa Claus. — Felices Pascuas, Señora Hada del Destino. (Le entrega un ramo de flores).

Hada. — Gracias, Santa Claus. Yo te daré mi regalo después. (Le indica un asiento a su derecha y al Corneta le señala el de la izquierda

Cupid. — (Pasándole una enorme Margarita). Felices Pascuas, mamita Hada.

Hada. — (Deshoja la flor). Me quieres, mucho, poquito y nada. Me quieres mucho, poquito y nada. ¡Me quieres! Gracias. (Se escabulle el Cupid. Al cabo de un momento empieza a hurguetear los relojes).

Lora. — (Hace una gran reverencia y saca un discurso enrollado sobre un canuto. Carraspea largo rato. Pone una mano sobre el corazón. Levanta la vista al cielo con aire inspirado). Señora Hada, señoras, señores...

Hada. — (Con espanto). ¿Vas a pronunciar un discurso?

Lora. — Es mi mejor presente (Pedante), toda vez que las cosas espirituales pueden serlo al igual que las materiales.

Hada. — Aquí no valen los discursos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Payaso. — En cualquier sitio son una lata...

Hada. — Te has equivocado, Lorita, al creer que tu progreso consiste en hablar más y más cada día. Tienes que ir dejando de ser lora y aprender a ser mujer.

Lora. — (Insinuante). Señora Hada, déjeme leerle el exordio, siquiera. Tengo allí una frase regia, estupenda, brutal... (El Cupid ha tomado una punta del papel y va desenrollándolo).

Hada. — (Espantada al ver la longitud del papel). Uf, ni el exordio. Basta. Que pase otro. Lacayo, al fuego con ese papel.

Payaso. — (Calculando el largo). No é nada lo del ojo..., o de la lengua...

Pareja II. — Felices Pascuas, Hada.

Hada. — (Examinándolos, severa). No parece que fuera éste el deseo de Uds. Qué manera de agradarme. Mira, Soldado, tu uniforme está sucio. Le faltan los botones.

Soldado II. — (Señalando a su compañera). A ella le toca ocuparse de mí.

Hada. — Qué se va a ocupar de ti, cuando viene ella misma toda desgreñada. (Mirándole las manos). Uñas pintadas, pero

sucias: ¡qué asco! (Al Corneta). ¿Como has permitido que se presenten así?

Corneta. — De intento, señora Hada, para que los viera Ud. tales como son. No han tenido la menor voluntad para portarse bien y progresar. Lo mismo la otra pareja.

Hada. — Adelante. ¿No les da vergüenza? Cuando eran juguetes estaban limpios y ordenados, siquiera. Al rincón las dos parejas. (Se escurren cabizbajas). Lacayo, a esos cuatro relojes que están allá, ponles la aguja marcando cero. ¿Y éstos? (Se adelanta tímidamente la Pareja I. El Cupid los sigue tomándose del vestido de ella).

Pareja I. — Felices Pascuas, señora Hada.

Santa Claus. — Esta es la pareja de quién te hablé para conseguir que los dejes casarse.

Hada. — Los felicito. Sé que han cumplido todas mis órdenes.

Corneta. — Sólo ellos han sabido ocuparse del niño de la casa, educándolo. El Cupid los respeta, les obedece y los quiere.

Hada. — Pues, esta cena que tengo preparada, es para celebrar, junto con la Pascua, el noviazgo de esta buena pareja.

Pareja I. — (Arrodillándose). Gracias, Hada, gracias.

Payaso. — Pelicies Pascuas, hada hermosa de nuestros destinos. (Haciendo un pronunciado saludo fascista). ¡Io ti saluto!

Hada. — Sin tanta mímica, Payaso. Aquí no estás en la pista. ¿Y tú, has progresado?

Payaso. — He llegado al límite del progreso.

Hada. — No tiene límite el progreso.

Payaso. — Io sonno il "Virtuoso" por exchelenzia.

Hada. — ¡Qué modestia!

Payaso. — E la pura veritá. Sonno "Virtuoso". Mi profecione e: "Músico ambulante", ¡eh!, Disco, ¿no e verdad? Ahora canta sin falta tutto il "Cielito lindo". ¡E la Rurrupata!... viera cómo se ha compuesto. Ahora no hay más que: "*Chincue* borriquitos y *una* garrapata". Antes, eran: (Repite entonando como disco trizado).

"Chincue borriquitos, chincue borriquitos, chincue borriquitos, chincue borriquitos"..., es decir: *veinte* borriquitos y *cuatro* garrapatas!

Hada. — (Riendo). Muy bien, Payaso-Virtuoso. Has cumplido tu misión artística.

Payaso. — (Llevándose al Disco). Saluda.

Hada. — Muy bien, Disco. ¿Y el Burro?

Burro. — (Adelanta cabeceando). Hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Hada. — Bueno, basta. Al rincón con las parejas. ¿Y tú, Corneta?

Corneta. — Señora Hada, le traigo a Ud. un librito. Es el código que he redactado para orientar la conducta de mis hermanos.

Hada. — Te lo agradezco. Pero te has tomado las atribuciones mías: es en el libro vivo de la propia conciencia en donde quiero que se busquen mis intenciones. (Poniéndose de pie). Cenaremos, ahora, para celebrar vuestro compromiso.

Santa Claus. — Van a ser las doce, debo irme.

Hada. — *Lleva tu regalo.* (Le pasa una enorme media de tul). Estos

juguetes son para ti. Eran personas y las volví juguetes porque no merecían tener destino. (Va llenando la media). Para estos, la misma suerte. (Indica a las dos parejas y al Burro). A ser juguetes, otra vez. (Los toca con su varillita y a medida que se convierten en juguetes, los pone en la media).

Todos. — ¡Oh!...

El hada. — No, no serán para ti, Santa Claus. (Los retira de la media). Lacayo, a colgarlos en el árbol de Pascua, para que sirvan aquí de ejemplo.

Todos. — ¡Oh!...

Hada. — Sí. Cumplo con mi deber. Y al de Uds. que no vaya siendo más perfecto cada día, le pasará lo mismo para la próxima Navidad. Aquellos que no progresan, son como cosas y no merecen vivir como gente. (Se oyen las campanas).

Santa Claus. — (Arrancando con su media al hombro). ¡Navidad! ¡Navidad!

Todos. — (Con regocijo). ¡Nochebuena, Nochebuena!

Payaso. — (Llevando la batuta). Eh, Disco, y todos, todos. (Entona un canto de Navidad y todos lo corean).

TELON

F I N

OTROS TITULOS PUBLICADOS EN LA MISMA COLECCION:

EL REINO DE LAS ABEJAS

Descripción de la vida de las abejas, hecha en forma de cuento y con ilustraciones de fantasía.

MIS AMIGOS

Versos de Carlos Barella. Dibujos de Lorenzo Villalón:
La tortuga, La abeja, El canario, La mariposa, La luciérnaga, El zancudo, Los gorriones, La cucaracha, El grillo, El picaflor, La avispa, El sapo, El camello, La lagartija.

HISTORIA DE LA MARGARITA

Cuento fantástico de una flor amiga de un corderito.

PULGARCITO

(Comedia sacada del cuento del mismo nombre).

LAS TRES FUENTES

Leyenda araucana.

EL DESENCANTAMIENTO DE LOS JUGUETES

Fantasía teatral para niños.

Printed in Chile — EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG

Chile para niños

El volantín: pasión popular

Documento

El volantín: pasión popular

Lo que más me gusta del mes de septiembre, es ver los **cielos llenos de volantines**. Niñas, niños y adultos se divierten encumbrándolos en todo Chile.

El **Búho Medina**, experto en elevar volantines, se ha preocupado de estudiar todo sobre este juego.

—Investigando el volantín —me contó el Búho— pude descubrir que fue **inventado en China hace más de 2.000 años**. A Chile llegó en el siglo XVIII y es tan querido desde entonces, que se convirtió en parte de nuestras tradiciones nacionales.

Gracias al Búho supe que antiguamente se hacían en Santiago grandes batallas aéreas con volantines. Estas batallas eran llamadas "comisiones", que consistían en intentar derribar en los cielos a un gran volantín redondo, conocido como bola.

Los invito a conocer cómo era elevar volantines en Santiago antiguamente. Eran tiempos, según **Benjamín Vicuña** Mackenna, en los que el volantín era una pasión popular.

Memoriosa.

Niños elevando volantines, a mediados del siglo XX. Fotografía de Antonio Quintana.

CC BY SA

El volantín: pasión popular

El año volantinero corría de agosto a diciembre. En agosto, con las primeras ráfagas de viento sur, comenzaban los niños a ejercitarse con las **ñeclas***; y en los huertos interiores o en los patios solariegos se armaba la maniobra de preparar el hilo ovillado para el encumbre.

A medida que avanzaba la estación iban saliendo los **pavitos***, y se trocaban los ovillos de hilo por la **pitilla*** enrollada en la **cañuela*** o en un trozo de coligüe.

Estos meses preparatorios eran de exclusivo dominio infantil. A menudo, a pesar de las prohibiciones de los mayores y de los reglamentos, salían los niños a la calle. Se enviaba a uno de ellos a poner el volantín a la distancia conveniente y en un **tirón*** o recogida los remontaban al aire.

***Ñeclas:** Diminuto volantín, que sirve a niñas y niños a dar sus primeros pasos en el mundo del encumbramiento de volantines.

***El pavito:** Volantín pequeño de papel de hilo. Se encumbra con hilo pitilla.

***Pitilla:** Cordón grueso, usualmente de algodón. Para encumbrar un volantín mediano o grande, es necesario ocupar pitilla. Para elevar un volantín muy pequeño, es suficiente el hilo delgado común, usualmente de seda, que es usado para coser.

Cañuela: Trozo de madera (coligue, usualmente) más o menos largo, en el que se enrolla el hilo, la pitilla, el cáñamo o el cordelito del volantín.

Tirón: Se da un tirón o se tironea el hilo de volantín para elevarlo y para llevarlo de un lado a otro en el cielo, dar vueltas en el aire, irse de punta o elevarse

CC BY SA

El volantín: pasión popular

Dato histórico: En los años 1795 y 1796, se prohibió elevar volantines en las principales calles de Santiago. Esto, debido a que los hilos de los volantines se enredaban en los techos de las casas, botando los ladrillos o las tejas con los que estaban hechos, lo que, además de estropear las casas, causaba accidentes. El castigo por elevar volantines en lugares

En octubre, con los fuertes vientos del verano, comenzaban las legítimas **comisiones***. Conventos, frailes, comunidades, colegios internos y asociaciones particulares de hombres maduros pasaban a formar los estados mayores para la contienda aérea, mientras los niños se incorporaban como soldados rasos en los equipos volantineros

El espacio azul del plácido verano santiaguino estaba cubierto de volantines, cuyos dueños esperaban ansiosos la señal del combate.

Un público numeroso se congregaba en las casas particulares, e "innumerable multitud de gente, de todas condiciones y categorías, permanecía horas enteras de pie o sentados, contemplando el vuelo de las cometas", escribió en sus memorias Crescente Errazuriz (1839-1931), quien fue arzobispo de Santiago.

***Comisión:** Se dice "echar comisión" a comenzar batallas en el aire contra otros volantines, contra bolas (grandes volantines redondos) o contra estrellas (grandes volantines con 5 puntas) con el objetivo de echarlos abajo. En una comisión podía haber hasta 10 volantines en contra de una bola.

CC BY SA

El volantín: pasión popular

De pronto, un volador de luces rasgaba el espacio anunciando la partida de una bola. El capitán daba las voces de mando a la cuadrilla con los sonoros chilenismos de la época. A veces hasta cincuenta chiquillos participaban en el encumbre de estos grandes volantines.

Airosa, dominando los aires, la **bola*** era el centro del ataque. Los volantines se "largaban" contra ella en los más impetuosos giros. "A veces los cordelitos de los volantines lograban rebanar y aún cortar la bola, pero eso no constituía el principal objetivo; lo que se procuraba era botarla, hacerla caer en tierra", recuerda Crecente Errázuriz.

Cada volantín que se iba cortado por la cola de la bola era un espectáculo para los asistentes, pero si se conseguía echar cortada la bola o la **estrella***, los gritos de la multitud de "chaña, chaña", repercutían en todos los ámbitos de la capital, y era tumultuosa la carrera para tomar parte en la **chuña***, o sea, la repartición de los despojos del volantín caído.

***Bola:** Volantín redondo, que podía alcanzar un gran tamaño. Para elevarlo se requieren cincuenta o más personas. Se encumbra no con simple hilo de cáñamo de dos hebras, sino que con cordelitos de tres, cuatro, cinco o seis hebras.

***Estrella:** Volantín de cinco picos, que podía alcanzar un tamaño similar al de la bola.

***Chuña y chañadura:** Chañadura viene del mapudungun chañan, que quiere decir arrojar, dejar caer al suelo. La chañadura era el momento en el que el volantín caía al suelo y los asistentes de la comisión buscaban dónde había caído para recoger al menos algunas de sus partes.

CC BY SA

El volantín: pasión popular

"Era así el volantín —en las hermosas palabras de Vicuña Mackenna—, más que un entretenimiento, una pasión popular, un campo de batalla que tenía por teatro el cielo y los tejados, y por combatientes a todos los caballeros, niños y rotos, a la sociedad entera de Santiago, pues ni los clérigos por perezosos, ni las señoritas por tímidas, desdeñaban acercarse a ver los momentos solemnes de la comisión, ni tomar parte en la febril chañadura. Más tarde los carruajes del servicio público y en seguida el telégrafo y su red de alambres han muerto para siempre en el corazón de Santiago aquel pasatiempo que solía tener el aspecto, el sudor, hasta la sangre y la gloria de un combate heroico (...) Entretanto, los volantines, las bolas, las estrellas, los barriletes, etc., pueden desaparecer, pero la deliciosa brisa de verano que les daba alas continuará soplando eternamente desde octubre a marzo para recordar a nuestros hijos cuál fue el más hermoso y el más querido de los entretenimientos de una generación más aérea que la nuestra".

Calle La Cañada, Santiago, hacia 1820. Posteriormente llamada Alameda de las Delicias y actual Avenida Libertador General Bernardo O'Higgins.

CC BY SA

Fuente texto

Salas, Eugenio Pereira. Juegos y alegrías coloniales en Chile. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1947. Páginas 163-178.

Disponible en Memoria Chilena:
http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-98525.html

Algunas palabras del texto original han sido cambiadas, para facilitar la comprensión de niñas y niños.

Fuente imagenes

Niños elevando volantines. Fotografía de Antonio Quintana. Archivo Fotográfico y Digital, Biblioteca Nacional de Chile.

Disponible en Memoria Chilena:
http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-78416.html

La Cañada, 1820-1821. Schmidtmeyer, Peter. Travels into Chile over the Andes in the years 1820 and 1821: with some sketches of the productions and agriculture (...) London : Longman, Hurst, Rees, 1824.

Disponible en Memoria Chilena:
http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-99564.html

SORPRENDENTE AVENTURA de los LIBROS

Los libros son asombrosos: guardan miles de historias, aventuras, viajes y paisajes. Nos hablan de días lejanos y mundos que no conocemos, nos cuentan relatos únicos jamás escuchados y nos presentan amigos que nos acompañarán toda la vida.

Pero hay una historia que no escuchamos muy a menudo: son las aventuras de los propios libros y de sus lectores. Porque hace casi 500 años, cuando llegó el primer libro a Chile, la gente no leía como lo hace en nuestros días.

Luego de esto, se imprimió el primer libro chileno -*Modo de ganar el jubileo santo*- y nuestro primer periódico -la *Aurora de Chile*-. De ahí en adelante, las aventuras continuaron: los libros han crecido y se han achicado, han sido de papel o incluso electrónicos; han sido leídos por niños, niñas, jóvenes y adultos. Han llenado sus páginas con todo tipo de historias y distintos tipos de conocimiento. Han sido leídos en casas, parques, colegios, bibliotecas o micros. Y, a través de la digitalización, han salido del Palacio de los Libros, para – al igual que hace 200 años- continuar haciendo a las personas más felices.

Adelante, ¡los invitamos a deleitarse con la sorprendente aventura de los libros!

La llegada del primer libro a Chile, 1541.

El primer impreso llegó a nuestro país el año 1541 en manos de don Juan Cárdenas, el secretario personal de Pedro de Valdivia.

¿Saben qué libro traía? Era un libro en latín llamado *De Regimini Principium*, de Santo Tomás de Aquino.

La imprenta y la *Aurora de Chile*, 1811–1812.

A fines de 1811, llegó desde Estados Unidos la primera imprenta a Chile. En ella se imprimió el primer diario que tuvo nuestro país: la *Aurora de Chile* ¿saben quién fue el principal creador de este periódico? Fray Camilo Henríquez.
Acérquense y conózcanlo.

El Palacio de los Libros: la creación de la Biblioteca Nacional de Chile, 1813

Se le llamó Palacio de los Libros por su belleza y por guardar cientos de obras, algunas con más de 500 años de antigüedad. Sus fundadores creían que los libros y la cultura podían hacer más felices a los hombres, por eso quisieron crear una Biblioteca Nacional, de la que todos los chilenos pudiéramos disfrutar.

Salones de lectura, 1850

Hacia la mitad del siglo XIX, eran muy pocos los libros que circulaban en Chile. Además, eran muy pocas las personas que sabían leer, por eso solía leerse en grupos.
Usualmente, había grupos de hombres y de mujeres, cuyas lecturas dependían de sus intereses y abarcaban desde textos sobre filosofía y política, hasta novelas y poesía.

Chile para niñas

Coordinación general: Daniela Schütte González - **Investigación, edición y textos:** Bárbara Elmúdesi Krögh.
Difusión y prensa: Paulina Andrade Schnettler - **Diseño Biblioteca Nacional:** Felipe Leal Troncoso.

Dirección de arte: Cecilia Toro Álvarez - **Diseño y factura de personajes:** Cecilia Toro Álvarez.
Asistente utilería: Pilar Toro Álvarez - **Montaje:** Sebastián González Ruiz - **Fotografía:** Felipe Cantillana Reveco.
Diseño editorial: Loreto Valenzuela Barrientos.

Ministerio de Educación Gobierno de Chile
dibam DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS
Biblioteca Nacional de Chile
memoriachilena Biblioteca Nacional de Chile

La Lira Popular, 1866-1930.

La Lira Popular fue un periódico escrito por hombres y mujeres poetas de hace más de 100 años, muchos de los cuales venían del campo a vivir a la ciudad. Eran pliegos grandes de papel en los que se escribía en verso (una forma de hacer poesía) y se estampaban grabados. La Lira Popular se colgaba en cordeles entre dos árboles y, como no todos sabían leer, había personas que recitaban sus versos en las calles y plazas.

Lecturas nocturnas, 1920-1930.

¿Sabían ustedes que antiguamente no existía la luz eléctrica? O sea, no había lámparas, por ejemplo. Recién hace 90 años las casas comenzaron a tener luz y las calles alumbrado y, sólo en ese momento, los niños y niñas pudieron comenzar a leer en sus camas antes de dormirse.

¡Colegio para todos!, 1920.

Antiguamente no todos los niños y niñas iban al colegio. Algunos tenían que trabajar o ayudar en las labores del hogar. Pero hace casi 100 años hubo una ley que se llamó Ley de instrucción primaria obligatoria, que buscaba que todos fueran al colegio y así aprendieran a leer y escribir, además de Matemáticas, Historia, Ciencias y Arte.

Revistas en familia, 1950 - 1970.

¿Cuál es tu revista preferida? Cuando nuestros abuelos eran jóvenes, las revistas estaban de moda. Existían revistas para todas las edades y los gustos. Las había para hombres, mujeres, adolescentes, niños y niñas y trataban temas muy variados. Por ejemplo, hablaban de fútbol, de viajes, de historietas, de moda, del hogar, de música y muchas cosas más.

La Biblioteca Nacional para el mundo entero, 2001 a la fecha.

Desde hace más de 10 años, la Biblioteca Nacional ha puesto grandes esfuerzos en digitalizar, es decir, fotografiar sus magníficas colecciones y ponerlas a disposición de todo el mundo a través de Internet. Así, donde sea que estés, podrás conocer y disfrutar de los grandes tesoros de nuestra Biblioteca. En el año 2013, cuando la Biblioteca Nacional cumplió 200 años, se inauguró un moderno laboratorio de digitalización y con él un robot sin igual llegó a ayudarnos en esta tarea, haciendo posible que cada vez más libros, diarios y revistas salgan del edificio a recorrer Chile y el Mundo.

Libros sin papel, 2014.

¿Se imaginan un libro sin papel? Hoy en día, además de leer en libros de papel, como los que conocemos, también podemos leer desde el computador o desde las tabletas electrónicas, pues existen los e-libros o libros electrónicos. En ellos podemos almacenar, en un solo lugar, todas nuestras novelas, poesías o cómics favoritos.
Como dice Juan Villoro: "El libro se mueve solo. Los libros nos eligen o repudian. Cada libro contiene a una persona. El libro ya cambió al mundo".

*Juan Villoro. "Inventar el libro", *El Malpensante*, N° 101, septiembre de 2009.

Chile
poesía mañas

La SORPRENDENTE AVENTURA de los LIBROS

toc toc

mwak

RRRRRR

bang
bang

BUUM

GUAA

shhhh

ñam ñam

ring

pip
pip

ahhh

שבת

toc toc

Texto
Andrés Anwandter

Ilustración
Bernardita Muñoz

Agosto 2005

Oruam,
el pequeño mago

BEATRIZ ROJAS
Ilustraciones
ALEJANDRA ACOSTA

DIS & play®
EDICIONES

Oruam, el pequeño mago

ISBN 978–956–8817–01–5

© 2012 del texto, Beatriz Rojas
© 2012 de las ilustraciones, Alejandra Acosta
© de esta edición: DIS&PLAY LTDA.
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
Primera edición en Chile: agosto 2012

Inscripción N° xxx.xxx
Colección LIBROS PARA LA INFANCIA
DIS&PLAY LTDA.
Teléfono (+562) 269 8750
Pocuro 1941, Providencia
Santiago de Chile
www.dis-play.cl

⋄ ⋄

¡Creemos que la magia sí existe!

Diseño: DIS&PLAY
Este libro fue compuesto con la tipografía Australis, del diseñador chileno Francisco Gálvez en sus variantes Regular, Italic y Small Caps.

40 páginas interiores (más guardas) impresas en papel Bond blanco de 140 gr. a 4/4 colores proceso; cubierta impresa a 4/0 en Couché opaco de 130 gr. Encuadernación tapa dura y costura hilo + hotmelt.

Impreso en Chile ⋄ Printed in Chile
por Quad/Graphics Chile, 5.000 ejemplares

⋄ ⋄

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma y por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de DIS&PLAY LTDA.

Oruam,
el pequeño mago

BEATRIZ ROJAS
⋄ Ilustraciones ⋄
ALEJANDRA ACOSTA

DIS&play®
EDICIONES

I.

A veces los niños
se enferman y están
obligados a pasar largas
temporadas lejos de
su hogar.

—Lunita bella, lunita hermosa... –recita Mauro frente a la ventana del hospital.

—¿Con quién hablas, corazón? –le preguntan desde la puerta.

—Con la Luna, Marce. ¿Tú crees que ella me conceda un deseo?

—Es mejor que no te agites, corazón –le sugiere la enfermera acomodándolo en la cama.

—¡Estoy aburrido de estar acá! ¡Ay, Marce!, ¿por qué me pasó esto a mí?

—Para que yo conociera a un brujo chilote –le responde ella.

—¡Pero yo quiero pasar la Navidad en mi isla!

¡Estar con mi familia, eso quiero!

—Si tú te vas, ¿a mí quién me va a acompañar? –dice la enfermera.

—¡Ya sé! –el rostro azul de Mauro apenas se ilumina–. Si salgo del hospital, te vienes conmigo.

—Hum... Podría ser –casi asiente la enfermera.

—¡Di que sí! ¡Di que sí! Afuera del hospital no me vas a reconocer, haré de todo, ¡ya verás! No me voy a cansar como ahora, voy a poder correr, nadar, salir a pescar... –Mauro duda un instante antes de continuar–: Marce,

¿tú crees que aparezca un donante para mí?

—No lo sé, mi amor, ahora descansa.

—¡Ay Marce, hay un problema! Para que yo tenga un corazón nuevo alguien debe morir.

¿Crees que eso esté bien?

—Creo que es bueno pasar la Navidad en casa –la respuesta de la enfermera anima a Mauro.

—Pásame el libro de magia para buscar un truco que me saque de aquí –Mauro hojea las páginas y comenta–: en Chiloé se cuentan muchas historias de brujos.

—No conozco la isla, pero no creo que allá exista un brujo tan dulce como tú.

Al escuchar a Marce, el pequeño mago agita su varita mágica frente a la ventana.

—¡Abra
kadabruz
sinsalabum!

Con este hechizo le ordeno a la Luna
que me cumpla este deseo:

¡DAME UN CORAZÓN NUEVO!

Pero ese día pasa volando sin que ocurra nada.

Ni al siguiente.

Ni al otro.

Aunque el brujo chilote se pasa los días en su cama preparando pociones y conjuros.

II.

En la noche antes
de Navidad ningún
hechizo había resultado.

–¡La magia no existe!

¡MI CORAZÓN NO SIRVE
Y NADIE PUEDE AYUDARME!

Mauro rompe su varita mágica y, exhausto,
cae sobre su cama en un profundo sueño.

Al atravesar el cielo, Mauro choca contra algo desconocido.

—¡Ay! ¡Ayayay, qué dolor! ¡Todo me da vueltas!

—*¿Et setneis neib?*

Mauro no entiende lo que oye y pregunta:

—¿Estoy alucinando? Si no, ¿qué hago hablando contigo?

—*Sátse ne al Anul.*

—¿Estoy muerto y me fui al cielo?

—No estás muerto, muchachito. Estás con la Luna.

—¿Tú? –dice Mauro incrédulo–. Pareces una de esas ballenas que a veces se acercan a las costas de Chiloé.

—Más respeto, jovencito. Hoy estoy gorda porque estoy llena –le explica la Luna.

—Pareces una rosquilla. ¿Te puedo llamar así?

—No, qué nombre tan feo. Llámame Dona.

Soy una donadora de luz.

–Ella se mira en la cola de un cometa como si fuera un espejo y pregunta–: ¿No crees que soy la más bella creación del universo?

Entonces, Mauro ve en su espalda una capa de terciopelo que cualquier mago desearía.

—¿Quieres saber lo que cuentan de mí? –Dona presume frente a él–. Dicen que soy una piedra hechicera y mágica.

—Bah. La magia no existe –dice el niño, pero ella lo ignora y continúa.

—Dicen que soy la guardiana de los hombres y que puedo hacer realidad todos sus sueños.

—¡Mentira!

—Dicen que en la noche salgo a beber de los océanos el agua de la tragedia para evitar que ella se desborde.

—¿Acaso puedes beberte una enfermedad? –Mauro se interesa.

—Puedo hacerle una cuna a los niños cuando están enfermos –dice Dona, y enseguida cambia de tema–. ¿Por qué no hacemos algo divertido?

—Si me agito me canso demasiado, me cuesta respirar, me duele el pecho y hasta me puedo desmayar. Los doctores dijeron que...

—Bla, bla, bla –Dona lo interrumpe–, sólo dime qué te gustaría hacer.

—Hum, lo que me gustaría es... –Mauro quisiera nadar como hacía en Chiloé, pero duda si pedírselo a la Luna; ya le había pedido un deseo en el hospital.

—No te apures, muchachito, tenemos años luz para que te decidas.

Mauro teme que Dona se burle de su idea de nadar y finalmente le dice:

—Pensándolo bien, es imposible.

—*Elbisopmi, elbisopmi...* –repite Dona, mientras busca en las páginas de su diccionario.

—¿Qué idioma hablas? No te entiendo –dice Mauro.

—*Em odnir* –concluye Dona–. No sé qué rayos significa eso.

— ¡Ya sé! ¡Hablas al revés! –exclama Mauro–. Así nunca vas a encontrar las palabras en el diccionario.

—No hablemos más y vamos a nadar *Oruam*.

A Mauro le sorprende que ella adivinara sus deseos.

—¿Cómo supiste que eso era justo lo que yo quería? –le pregunta.

—Puedo ver lo que hay en tu corazón, tus ganas de nadar están allí.

—Entonces puedes ver que mi corazón está enfermo y que necesito un donante.

¿Ahora sí vas a ayudarme?

Eso es lo único que quiero.

Al ver un río de estrellas, Mauro hace una pausa y pregunta:

—¿Cómo vamos a atravesar?

—Eres un mago, *Oruam*, usa tus súper poderes.

—La magia no existe, nunca lo conseguiremos. ¡Es imposible!

—*¡Acnun se elbisopmi!*

Dona, con su capa ahora convertida en una embarcación de terciopelo verde, navega con Mauro sobre las nubes.

—¡Mira, Dona, cuántas estrellas! Es como estar en Chiloé. Si todas ellas llevan deseos, tal vez les pueda pedir el mío.

En ese momento una nube amarillo oro, que brilla como la corona de un rey, se dirige a Dona:

—Nadie puede controlarte. Ni siquiera yo.

—*¿Em salbah a ím?* –pregunta ella en su idioma al revés.

—Por supuesto. A ti te hablo.

—*On et oczonoc. Acnun et aíbah otsiv.*

—¡Desde cuándo no me conoces! Soy Cosmo y te ordeno que ese niño regrese de donde vino.

—¿Cuál niño? –Dona se hace la desentendida, escondiendo con su cuerpo el de su pequeño amigo.

—No me engañas. El extraño se marchará antes de que aparezca el lucero de la tarde.

Después de estas palabras Cosmo desaparece.

—¿Él es el guardián de todo lo que existe en el universo? –pregunta Mauro.

—*Ogla ísa.*

—¿Crees que si le pido mi deseo, él me lo conceda?

—Olvídate de él. ¡Mira *Oruam*! Murió una estrella y allá están naciendo otras. Es lo que llamo reciclaje astral, ¿no es hermoso?

—Sí, es hermoso –dice Mauro, y con los últimos destellos de sol se prepara para marcharse.

—Mi capa ahora es tuya, *se im olager ed adidepsed*.

III.

Mauro se encamina hacia la noche y al contacto con la atmósfera, su capa se deshoja como un bosque de terciopelo verde.

En el hospital Mauro se despierta antes del amanecer y camina con dificultad hacia la ventana, donde tropieza con los pedazos de su varita mágica.

—MI VIAJE ESPACIAL FUE UN SUEÑO.

Soy el mismo, sigo acá,
tengo la piel azul y fría, me canso al caminar
y todavía me duele cuando respiro.

Al entrar a su pieza la enfermera con curiosidad pregunta:

—¿Y este paquete de regalo? ¿Qué será?

—No sé, Marce, y no me importa. Si quieres ábrelo tú –dice Mauro dándole la espalda al regalo.

Crushi crashi, cruje el papel de colores.

—¡Oh! ¡Qué capa tan linda! De terciopelo y bordada de estrellas –exclama Marce, y la extiende sobre la cama.

—*Se al apac ed Anod* –sin proponérselo Mauro habla al revés–.

¡On euf nu oñeus!

—¿Qué dices, mi niño? Debes tener fiebre.

Mauro se amarra la capa de terciopelo y dice:

—Tal vez la magia sí existe.

DONAR ÓRGANOS ES DONAR VIDA

Las listas de espera para trasplantes en Chile aumentan año tras año... Para el año 2015 se calcula que los pacientes en espera de un órgano serán más de dos mil.

La donación de órganos ofrece otra oportunidad de vida para aquellos que están enfermos y que dependen de un gesto solidario, anónimo y único para seguir viviendo, educarse, crecer y ser un aporte a la sociedad.

A su vez, la donación permite a las familias de los donantes darle sentido a la pérdida irreparable de un ser querido: saber que algunos de sus órganos o tejidos salvan vidas, transforma esa muerte en un acto de generosidad y de heroísmo.

CORPORACIÓN DEL TRASPLANTE
www.trasplante.cl

Para mayor información sobre este libro visita:
www.primianni.com

Nuestros sinceros agradecimientos a quienes creyeron en este proyecto y se sumaron donando su tiempo, creatividad y esfuerzo para, desde la lectura, dar vida a un espacio significativo de reflexión.

A veces, los niños se enferman
y están obligados a pasar largas
temporadas lejos de su hogar.

Con un *¡Abra kadabruz sinsalabun!*,
Mauro nos muestra que tal vez
la magia sí existe...

Consejo Nacional de la Cultura y las Artes
Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura
Gobierno de Chile

CONSEJO NACIONAL DE LA CULTURA Y LAS ARTES
FONDO PARA EL FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA

VISITA www.trasplante.cl
CORPORACIÓN DEL TRASPLANTE

ISBN: 978-956-8817-01-5

www.dis-play.cl